
DE RIBERA
FIESTAS
GRANADA

AFÁN DE RIBERA.

FIESTAS POPULARES DE GRANADA.

FIESTAS POPULARES

DE

GRANADA

POR

D. ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA.

GRANADA.
Imprenta de La Lealtad.
1885.

CARTA-PRÓLOGO

AL LIBRO

FIESTAS POPULARES DE GRANADA

original de

Don Antonio Joaquín Afán de Ribera.

SR. D. ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

Mi muy querido amigo: Despues de leido su interesante libro, aún inédito, en el que, haciendo gala de su gracejo de siempre, describe con exactísimos colores las fiestas populares de nuestra Granada querida,—fiestas que han venido muy á menos, circunstancia que da doble mérito á su obra, porque así quedará convertida en una especie de crónica de antiguas leyendas y tradiciones del pueblo,—deploro con toda sinceridad el haberme comprometido á preceder sus verídicos cuadros de costumbres con unos cuantos renglones de mala prosa, que quizá cansen al curioso lector y áun le prevengan mal, y en contra de V., injustificadamente. Nunca sentiría bastante que tal cosa sucediere, porque le quiero á V. muy de veras, y porque el libro FIESTAS POPULARES DE GRA-

NADA merece la aceptación que, desde luego, deben dispensarle los que desean que el carácter de nuestro pueblo no sufra importantes modificaciones, y que las costumbres que merecen conservarse sean respetadas y se salven incólumes del naufragio en que vemos perecer los rasgos más característicos de este pueblo, que si desprecia hoy ya en nombre de un mal entendido progreso las costumbres patriarcales de nuestros antecesores, ha inventado una fiesta que no es preciso que la anuncie el almanaque, como la del Corpus, la de Reyes y la Toma; sino que en cualquier dia, á todas horas es oportuna y fácil de llevar á cabo, teniendo dinero y afición; la *huelga*, ó la *juerga*, como se dice entre *gente terne;* fiesta á la cual no pueden ir ni las madres, ni las esposas, ni las hijas de los obreros, porque en esas fiestas las heroinas son mujeres desventuradas que alquilan sus caricias y arrastran por el lodo los últimos restos de su pudor para divertir al que paga: fiestas en que «corre abundante el vino; relucen más de una vez esas armas horribles que se llaman *facas;* los insultos y las groserías se mezclan con los cantos de amor y las alegres exclamaciones, y la mano de la muerte se abre paso entre las parejas que bailan, ó entre los grupos que rien, para recoger alguna victima que las

malas pasiones, conducidas por la ignorancia y los excesos del vino, le han señalado...»

Y que no es exagerado este boceto que yo mismo tracé hace pocos dias en un artículo de periódico, al tratar del descanso del domingo (1), lo demuestran muchos tristes y repetidos sucesos y la estadística criminal, en donde se encuentran datos muy elocuentes.

¿Y es que las costumbres de hoy han tomado, como en otros tiempos, el carácter que las hizo famosas, á pesar de que,—en la época de Felipe IV, por ejemplo—ocurrian no pocos incidentes desgraciados, y en aquellas memorables verbenas de S. Juan, de S. Pedro, de S. Antonio, etc., resultaban cuatro ó seis rondas apaleadas, unos cuantos heridos y alguno que otro muerto? No es esto tampoco. Las aventuras galantes eran en aquellos tiempos las causas de que la muerte turbara la bulliciosa alegría de las fiestas; hoy las galanterías han cedido el paso al rebajamiento del gusto, á la depreciación, digámoslo así, de todo cuanto ayer formaba el carácter del pueblo español; y la encopetada dama que cubierto el rostro con el rebocillo y velados los contornos del cuerpo con largo manto, buscaba solaz y alegria

(1) *El Contribuyente*, núm. 86, (1.º de Octubre 1885).

en las verbenas ó entre las animadas comparsas que recorrían las calles antes de ir á la *misa del gallo* la Noche-buena, se guarda muy mucho de fraternizar con las *demimondaines* de hoy y de ponerse al alcance de los que consideran la *juerga* como una manifestación del *sport!*...

No soy yo, amigo D. Antonio,—bien lo sabe V.—de los que creen que en pasados tiempos todo eran flores, y que ahora las flores se han trocado en abrojos y espinas. No señor. He sido y soy siempre partidario de que, como dice el cantar,

Loco estaba el mundo
cien años atrás,
loco lo encontramos,
sigue y seguirá.

Marco Antonio, Estacio y nuestro Marcial, hablan en sus obras de las inmoralidades en que incurrian las famosas bailadoras gaditanas que alborotaron los sesos de los ciudadanos de Roma (1); el Concilio Iliberitano y tambien otros poste-

---

(1) Dice Marcial (lib. V *ad taranium):*

Nec de Gadibus improbis puellae
Vibrant sine fine prurentis
Lascibo docile tremore lumbos.

Opina el ilustre autor de la *Historia de la música española,* que el baile de las gaditanas que se hacian

riores celebrados en España, condenan bailes, farsas y otras fiestas (1); las ordenanzas del famoso rey naserita Jussef prohiben los excesos cometidos en las fiestas de Alfitra y de las Víctimas (2); el elector palatino Federico II, que vivió en Granada algun tiempo durante la permanencia

---

aplaudir en Roma, era el que despues se conoció con el nombre de *Zarabanda;* (el *óle* de nuestros dias).

(1) Entre algunos de los cánones del Concilio Iliberitano, recordamos el LXII *(De aurigis et pantomimis si convertantur)* que ordena que los *aurigas* y los *pantomimos* de los circos, abandonen sus oficios si quisieren observar la religión cristiana.

Los cánones de varios Concilios prohiben las representaciones en los templos; igual prohibición ordenan las *Constituciones sinodales del arzobispado de Granada,* hechas por el arzobispo D. Pedro Guerrero.

(2) «Las fiestas para celebrar las páscuas de Alfitra y de las Víctimas han sido causa de alborotos y de escándalos, y en ellas las loables alegrias de nuestros mayores han degenerado en locuras mundanas. Cuadrillas de hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose aguas de olor, y persiguiéndose con tiros de naranjas, de limones dulces y de manojos de flores, mientras tropas de bailarinas y juglares turban el reposo de la gente piadosa con zambras de guitarras y de dulzainas, de canciones y gritos: se prohiben tales excesos y se previene el exacto cumplimiento de las costumbres primitivas.»—Ordenanzas de Jussef, citadas por Lafuente Alcántara en su *Historia de Granada.*

aquí de Cárlos V, no pensó en otra cosa, mientras en esta ciudad estuvo, que en zambras moriscas y en corridas de toros (1); el cronista de Felipe IV, D. Juan de Zabaleta, nos habla en su curioso libro *El dia de fiesta por la mañana y por la tarde*, de las desmoralizaciones de la capital de España (2), y D. Gaspar Melchor de Jovellanos, truena y relampaguea en su *Defensa del estado floreciente de la España*, contra la nación de *Pan y toros* (3).—No hay que espantarse, ni taparse

(1) *Anales de vita et rebus gestis Friderici II electoris Palatinis*, 1624.—Citados por varios autores, entre ellos Oliver Hurtado y Schack.

(2) Entre otros múltiples detalles curiosísimos que en este precioso libro hallará el lector, dice el cronista de Felipe IV describiendo la fiesta de *Santiago el verde*: «La plebe ínfima, desgranada por aquellos suelos ya se junta en ranchos, ya se aparta en pendencias, ya se mezcla en bailes, ya se apelmaza á tragos....»—Pintando despues la fiesta de San Marcos, se expresa así: «Salen de la boca de una mujer hácia otra muchas de esas sierpecillas, flecha cada una de sus venenos y ármase entre ellas una pendencia. Defiende á cada una el hombre á quien le toca, y enciéndese entre ellos otra pendencia, á quien hacen muy ejecutiva las sierpes que salen de sus bocas.» Rueda el vino y la comida, se pierde el vaso de plata, etc.... «las mujeres gritan y las espadas suenan.»

(3) Laméntase el insigne Jovellanos de que en la plaza de toros estén mezclados hombres y mujeres *con nin-*

los ojos ni los oidos, por lo tanto, cuando en nuestra época se pronuncie la palabra desmoralización. El abuso de los placeres trae la inanición y la apatía, y consumidos por ellas cayeron desde sus altos pedestales el pueblo egipcio, la Persia, Roma, Bizancio, el imperio árabe de Occidente y tantas y tantas deidades que se elevaron á las nubes para precipitarse al polvo con mayor estruendo. Por el camino de hoy, olvidando nuestro carácter, no siendo ni áun el pueblo de *Pan y toros*, porque aquel conservaba la virilidad que le trocó despues en el pueblo del 2 de Mayo, virilidad que la buena fé y la ignorancia le guardaban tal vez cuidadosamente, ¿adonde vamos?...

De seguro, Sr. D. Antonio, que usted se pregunta lo mismo á estas fechas, viéndome intrincado en un tan difícil y laborioso problema; y diré á usted que no pretendo hallar una solución; solo deseo cumplir mi compromiso; y si al satisfacer mis deseos planteo los términos de uno de los problemas de actualidad, esto es: si deben ó no

---

gún recato; de que este espectáculo *embotara y adormeciera en los magistrados toda idea de libertad civil*, y de otras muchas cosas.—En cambio en su *Memoria sobre las diversiones públicas*, dice: «Este pueblo necesita diversiones, no espectáculos. No ha menester que el gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse.»

borrarse ante los brillantes resplandores de la civilización los rasgos distintivos que caracterizan á los pueblos,—buscar la solución, presentarla á la sociedad de hoy y defenderla contra toda opinión contraria, corresponde á otros hombres y no á mi, y es propio de escritos de diferente género del de esta ya larga epístola que aquí interrumpo, para entrar de lleno en el objeto que al escribirla me propuse.

—

Si mal no recuerdo, el libro para el cual servirán estas líneas de prólogo, estuvo ya anunciado hace diez ó doce años, y á pesar de los prospectos y de la satisfactoria acogida que al titulo se le hizo, V. dejó la idea en proyecto, y solo á una circunstancia debemos que el proyecto se trueque en realidad.

Aquí para nosotros: ¿no es cierto que si *La Cruz de Mayo* no hubiera sido tan elogiada, el libro FIESTAS POPULARES se habría quedado sin concluir? Tan cierto es, que se animó usted entonces, y en muy pocos dias trazó V. los entonados cuadros que solo en esbozo tenia V. en la mente. Dios le pague á V. su buena idea, que ya dije antes, que este libro quedará como un curioso cronicón de antiguas leyendas y tradiciones populares, y estos datos serán utilísimos al historiador y al crítico, porque le revelarán cuál fué el carácter de nuestro pueblo.

Como es muy natural tratándose de Granada y siendo V. granadino, el primer cuadro que V. presenta es el del dia de la *Toma.* Soy franco, quisiera que para la fiesta de ese dia hubiera V. apurado los recursos de su claro ingenio. El dia de la Toma, seguramente es el dia más grande que puede hallarse entre todas las efemérides de nuestras gloriosas epopeyas. Al aparecer el 2 de Enero de 1492, en la torre más alta de las fortificaciones de Alhambra la cruz de Pelayo y el victorioso pendón de Castilla, cayó de sus altares el feuda lismo; surgió de entre sus ruinas la democrática institución de las municipalidades; el sol de la libertad brilló radiante y puro, y la reconquista de la patria vióse terminada. Esa fiesta, no es la fiesta de nuestra ciudad, debiera ser el recuerdo de gratitud de un pueblo entero hacia unos Reyes de memoria imperecedera y cuyos nombres honran las páginas de la historia de la patria; debiera ser el himno de libertad, el clamor del entusiasmo; el grito de alegría de un pueblo, guerrero siete siglos, no más que por recuperar palmo á palmo, integra, la tierra que sus padres regaron con el sudor de sus frentes y donde descansarán nuestros cuerpos!...

Por eso decía, que quisiera que en ese cuadro hubiera V. apurado su ingenio. En otros tiempos

la fiesta de la Toma debió ser magnífica, solemne, digna del acontecimiento que se conmemoraba. ¿Cuándo se instituyo esa costumbre? Por mi parte, lo ignoro, pero conste que en el archivo de la Alhambra aparecen papeles, por los cuales puede sacarse en claro que la tal fiesta es bien antigua. (1).

A un amigo nuestro, que tuvo la bondad de consultarme respecto de este punto, dije que yo pensaba que lo que hoy se hace no son sino restos de un antiguo ceremonial, cuyos rasgos más salientes no se hermanan mucho con los escasos antecedentes históricos que del acto de la toma de Granada restan (2). Y he aquí la base de un

---

(1) Del legajo 217 resulta, que en el año 1603, se pagaba á los que tocaban las chirimías y trompetas *la noche de las alegrías por la Toma de Granada*, en la torre de la Campana (ó de la Vela).

(2) Las relaciones de Hernando de Baeza, Al Maccari y otros historiadores, se oponen en parte á la forma en que la tradición nos cuenta la entrada de los Reyes Católicos. Respecto del ceremonial etc., baste decir, que según refieren algunos anticuarios, en la iglesia de Comendadoras de Santiago se guarda un escudo que tiene grabada esta inscripción: «Esta lámina es el escudo que los Señores Reyes Católicos traian en su real estandarte cuando ganaron á Granada, y lo colocaron en este monasterio el año de su fundación, que fué el

trabajo curiosísimo que honraría al que lo realizara: restituir á esa fiesta todo su antiguo esplendor; revindicar la verdad histórica, y probar que el 2 de Enero debe celebrarse en toda España. (1).

Usted describe con exactitud lo que hoy sucede; pero así como para otros cuadros ha desenterrado antiguas costumbres,—por ejemplo, en el muy completo de la fiesta de San Antón, en donde no faltan ni el poético cantar

Olivito, olivito
del campo verde,
dale sombra á mi amante
mientras que duerme;

ni el chiste intencionado que en estos otros se revela:

En los olivaritos,
niña, te espero,
con un jarro de vino
y un pan casero,—

así mismo debiera haber hecho con nuestro dia de la Toma, que ya vemos reducido á la funci

---

de 1501.»—¿Qué pendon es entonces el que se tremola en las Casas Consistoriales?

(1) Estando próximo el Centenario de la Toma, el Ayuntamiento debiera abrir un certámen con este objeto.

religiosa, à tremolar el Pendon de Castilla en las Casas Consistoriales, y á la representación de *El Triunfo del Ave María ó la Toma de Granada* (1) en los teatros, cuando en ellos actúa algun cuadro de declamación. ¡Pequeño recuerdo para suceso tan grande!...

El cuadro en que coloca V. la fiesta de Reyes es interesantísimo, especialmente por lo que en él se refiere de una antigua sociedad que hubo en Granada en otros tiempos más felices para las letras y las artes: en aquellos tiempos en que la *cuerda* comenzaba á ser conocida. De esa época, cuanto nos revelen Vdes. los que tuvieron la fortuna de vivir entre los que hoy son orgullo de España, ha de ser leido con especial satisfación.

No son menos interesantes y revelan *vis* cómica y gracejo é ingenio *La subida al Sacro-Monte; El Señor del Campo (2); la romería de San Isi-*

---

(1) Se ignora quién es el autor de esta comedia, aunque acerca de este asunto se ha discutido y no poco.—El Sr. Riaño, en un curiosísimo trabajo titulado *La Alhambra*, menciona otras comedias tituladas *La fundación de la Alhambra* (del tiempo de Lope de Vega); *La conquista que hicieron los poderosos* etc., por Duarte Diaz, 1500; una comedia en latín que se representó en Roma (1492), de Carlos Verardl; otra en inglés, de Dryden, (1654) y otras varias.

(2) Aunque la tradición pretende que el Campo del

dro (fiesta como las de San Antón, Sacro-Monte y otras muchas perdidas ya); las intencionadas quintillas que describen *La festividad del Corpus; Los altares,* poética fiesta nocturna que antaño tuvo mucha importancia; *La verbena de San Juán*

Príncipe se titula así porque en el sitio donde está colocado el Cristo de los Favores, cayó del caballo y se mató el príncipe D. Juan, cuyo cadáver fué enterrado en la Capilla Real, nada de esto es cierto. El citado príncipe murió en Salamanca y su cuerpo fué conducido á Avila, donde está sepultado en el monasterio de Santo Tomás. El cadáver que se custodia en la Capilla Real es el del infante D. Miguel. (Véanse las *Constituciones* de la Real Capilla).—Un príncipe murió, en efecto, á causa de la caida de un caballo; el príncipe D. Alonso de Portugal, casado con la primogénita de Castilla D.ª Isabel. La córte estaba de luto cuando se reconquistó á Granada y para que la ceremonia fuera todo lo ostentosa que el hecho se merecia se dispensó el luto y todos vistieron sus mejores galas. Aun cuando se pretendiera referir el monumento al príncipe D. Alonso, se debe tener presente, que este murió en Santaren y que su cadáver se halla sepultado en el monasterio de domínicos de la villa de la Batalla, al lado de su abuelo D. Alonso V; que en la cruz del monumento se lee, aunque con trabajo, «*Acabóse año de 1682,*» y que el año de 1679, cuando la peste bubónica diezmó la ciudad, aquel barrio fué de los que menos sufrieron y por esta causa el vecindario hizo varios votos religiosos. Ahora bien: ¿no representará este monumento acabado en 1682 uno de esos votos

(1): *Las pasaderas* (2): *Los paseos; Los bailes de los abrazos,* en que saca V. á relucir un tipo *que se vá: el juguetero* ó el sucesor del antiguo juglar (3); *La rifa de las Ánimas,* precioso cuadro cuyo

---

de la epidemia de 1679? Téngase presente que entre el Cristo de los Favores y una cruz que se alza en el Albaicin en la plaza de San Bartolomé y ante la iglesia de este nombre, hay un gran parecido en la traza (la cruz del Albaicin no tiene Cristo) y que la fecha en que se erigió por acuerdo de una hermandad es contemporánea de la ya citada. Créese que bajo el monumento hay una bóveda, pero esto no está comprobado.—En cuanto al nombre *Campo del Principe,* debe su origen tal vez á la circunstancia que Hernando de Baeza refiere respecto del depósito del cadáver de un principe árabe en una de las fincas que comprendía el pago de huertas llamado Albusnet (calle de Molinos, Campo, Realejo y Santo Domingo; entre cuyas huertas habia algunas de propiedad real.

(1) De esta fiesta hay innumerables tradiciones. Una refiere que la noche, víspera de San Juan, recorren la ciudad los ejércitos de los Reyes Católicos y de Boabdil; que dichos Reyes penetran juntos en la Alhambra y comparten el trono y que se celebra allí una gran fiesta. El encanto concluye cuando la luz del alba apunta tras la nevada sierra.

(2) De esta fiesta no resta nada y es lástima, porque era muy original y desconocido su origen.

(3) El «que se ejercita en juegos y truhanerias.» Un documento del siglo XV habla aun de los juglares como

original solo de referencias conozco, porque ya se extinguió esa costumbre en las ciudades, aunque se conserva incólume en algunos pueblos; y todos, en fin, aunque haya algunos que merezcan párrafo aparte.

De *La Cruz de Mayo*, premiado en el certámen del Liceo en este año, y de *Los cantares de la Golilla*, publicado en la revista de artes y letras *La Alhambra*, nada diré, porque la pública opinión los ha juzgado y áun yo mismo, creo que al primero he consagrado algunas líneas; pero quiero llamar la atención de los lectores acerca de *La corrida de toros*.

Confieso, amigo D. Antonio, que he leido con verdadera fruición esas felices páginas en que V. ha mezclado la sal y pimienta; la gracia y la intención; lo cómico y lo real. Esa carta de un marido *rural* que engaña á su mujer para venir

---

de hombres á quienes «conviene castigar porque pretenden, á merced de sus mañas ó industrias adquirir cuantiosas riquezas»...—Posteriormente llamáronse juglares los poetas, los hombres de aventuras, los músicos, los trovadores; Miguel de Cervantes y Luis de Camoens, en una palabra, como dice Barcia en su *Diccionario*, «fueron dos juglares de su tiempo».—La etimología de esta palabra parece venir de la palabra latina *joculator*.

á Granada con motivo de una gran corrida de toros, vale tanto, en mi opinión, como todo el libro, y no se ofenda V. por mi franqueza. La descripción del redondel, las disputas de *frascuelistas* y *lagartijistas*, la salida de la plaza, el robo del pañuelo de novio y de algunos reales, y el epílogo de todas las aventuras relatado desde una *cuadra* de la cárcel, son rasgos de felicísimo ingenio y de espontáneo gracejo, y exacta pintura de esa diversión que hemos dado en llamar nacional, no sé con qué razón, porque apuntaré de paso que esto de correr toros es lo único que hemos conservado, dándole carácter patrio, de las costumbres de las tribus árabes que dominaron en España desde la batalla de Guadalete hasta la toma de Granada. ¡Qué arcanos tan inexplorables! Muy á duras penas, Sr. D. Antonio, se reconoce que en las ciencias, las letras, las artes, en el idioma y en las costumbres quedan, para memoria de los hijos del desierto, rasgos, detalles, inventos, palabras, usos, que jamás se extinguirán; y sin embargo proclamamos nacional la corrida de toros, tan árabe como... otra cualquiera reliquia de las que de los árabes nos restan!...

Y voy á terminar esta ya larga epístola.

En nuestro país, donde todo está por hacer, un libro como Fiestas populares de Granada, llena

un gran vacío, mucho más que las sociedades *folk-lóricas* buscan con interés cuantos rasgos y detalles puedan caracterizar al pueblo, de cuya historia, en verdad, hay escritas muy pocas páginas en nuestras crónicas y códices.

Más valiera, que muchos hombres de indiscutible valer estuvieran dedicados á hacer algo de lo que no se ha hecho,—ni se hará;—que imitaran á usted, que en muy pocos meses ha recogido las tradiciones y leyendas del poético Albaicín y las costumbres que caracterizaban á nuestro pueblo hasta hace algunos años, que se ha puesto en moda destruir lo que no daña y apuntalar para que no se venga al suelo lo que perjudica, y perturba las imaginaciones poco acostumbradas á lucubraciones filosófico-político-sociales.

Y nada más, sino que soy de V. muy afectísimo seguro servidor y amigo,

Francisco de P. Valladar.

Granada 30 de Octubre.

PRÓLOGO

ó

INTRODUCCIÓN

á las *Fiestas populares:*
sirve como el cartelón
en que anuncian los juglares
el órden de la función.

Con pluma y diestro pincel
describe mi amigo Afán,
La Féria de San Miguel,
La velada de San Juán.

Despues de pintar primero
con tintas particulares,
El Corpus, El Dos de Enero,
San Cecilio, y Los Altares.

Con otras *Fiestas* que omito
para no ser más difuso,
y evitar que un erudito
en cara me eche el abuso.

Porque siempre yo prefiero
en el verso y en la prosa
ser muy parco y muy ligero,
ya que no pueda otra cosa.

Así, los que deleitarse
quieran, y al par instruirse,
no tienen más que animarse
y á las *Fiestas* suscribirse.

Que hallarán en su lectura
pasto abundante y sabroso,
alguna caricatura
junto á un retrato famoso;

fanfarronadas, proezas
del instinto popular;
y enmedio de mil bellezas
algun pequeño lunar.

Item: hallará el lector
entre un punto y una coma,
muchas palabras de amor
dichas en tono de broma.

Que como el autor lo entiende,
y el público ya lo sabe,
el amor es como el duende,
que abre las puertas sin llave.

¡Y pobre del corazón
que al *niño* poniendo tasa,
echa el cerrojo al portón
de la puerta de la casa!

Que para salir lucido
de un atranco y otro atranco,
es necesario á Cupido
dejarle el camino franco.

Dan las *Fiestas,* imparcial
razón de las consonancias
que hay entre el uso actual
y nuestras costumbres ráncias.

De manera, que al placer
de su lectura, añadimos,
ver lo que podemos ser
atendiendo á lo que fuimos.

Pues con palabra elocuente
muchos sabios han probado,
que es el destino presente
consecuencia del pasado.

Y aunque no usemos walona,
peto, espaldar ni loriga,
á nuestro presente abona
lo de que, nobleza obliga.

Vuelvo al libro y á las *Fiestas*
y á probaros con verdad
en razones manifiestas
su interés de actualidad.

Son las costumbres, espejo
donde el caracter se asoma,
y del cristal al reflejo
nuevo ser el cuerpo toma.

El pueblo español, de gloria
en altos hechos fecundo,
es en órden á su historia
el primer pueblo del mundo.

Mas por muchos olvidado,
por muy pocos conocido,
debe ser bien estudiado
para ser bien comprendido.

Tal es mi humilde opinión,
que el tiempo la fortalece;
y que reciba es razón
cada cual lo que merece.

Que yo ni quito ni doy,
ni á nadie adulo tampoco,
para poco mucho soy
y para mucho soy poco.

Por lo dicho y lo que dejo
por decir, saco en sustancia,
que siguiendo mi consejo,
y como sucede en Francia,

Acudireis de rondón
bien á cientos ó á millares,
á agotar esta edición
de las *Fiestas populares*.

Entre tanto al cielo ruego
de que os sople buen cariz
¡oh lectores!—hasta luego
y agur.

AURELIANO RUIZ.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

Colecciono en este volúmen los artículos de costumbres granadinas que he escrito en distintas épocas, y de los cuales los publicados hasta el dia han merecido grande aceptación. Mi objeto es, que se conozcan verdaderamente nuestras festividades populares, y el espíritu religioso y poético que las anima.

El éxito que obtenga la publicación será la prueba de que acerté con mi proyecto.

EL DOS DE ENERO.

I.

Toca, campanita alegre de la *Vela*, avisa á los pueblos comarcanos, que es la grande solemnidad de Granada, la fecha memorable de su reconquista, el aniversario del dia célebre en que la bandera triunfante de la cruz, se fijó por la mano del Conde de Tendilla en la Torre del Homenaje de los alcázares de Alhamar, y quedó destruido para siempre el poder de los musulmanes en España.

Suena, que tus ecos se repitan en los espacios, que el espíritu católico se despierte á bendecir la memoria de los egrégios conquistadores, y que rodilla en tierra recen una plegaria en su capilla ante los magníficos sepulcros que encierran sus venerados restos, por el eterno descanso de los bienhechores de la pátria.

II.

Y pocas festividades son tan populares como la presente. Y es porque tiene rasgos propios, escenas que todos los años se repiten y siempre parecen novedades, y un entusiasmo sin límite en todas las clases sociales, que recuerda los tiempos de los grandes sacrificios y de los grandes héroes.

Cuando á las doce del dia primero del año, desde los balcones de las Casas Consistoriales, tremola el regidor decano, el glorioso estandarte á los gritos de «Granada por los ínclitos reyes Don Fernando V de Aragón y D.ª Isabel I de Castilla;» respondiendo el pueblo con ruidosas aclamaciones, no hay un corazón que no lata entusiasmado ante el recuerdo de nuestras glorias nacionales.

Y despues, en la magnifica Catedral, al conmemorarse en solemne función religiosa el *dos de Enero;* entre el apiñado concurso de fieles, al narrar el elocuente sacerdote lo que consigue la fé cuando se arraiga en las almas, y las proezas de aquellos memorables guerreros que con la roja cruz del Redentor en los escudos, realizaron la sublime epopeya, también las lágrimas acuden á

los ojos, pero llanto de alegría, balsamo purísimo de inexplicable satisfacción.

Y hé aquí, por qué la maravilla del Occidente, la *Casa Roja*, la divina Alhambra, ese palacio de luz y filigrana, de calados aéreos, de ajimeces misteriosos, de incrustados de nácar y de oro, cuyas paredes festonean sentencias del Alcorán y que á pesar de los siglos y de las contrariedades de la fortuna, aún se conserva enhiesto para admiración de propios y de extraños, es visitado con fervor religioso, que así puede llamarse, por la numerosa concurrencia que desde la calle de *Gomerez* atraviesa la célebre *Puerta de las Granadas*, y unida à la que llega desde *Peña partida* al *Campo de los Mártires* cruza las puertas de la *Justicia* y de *Hierro*, é inunda la placeta de *los Aljibes*, descansando en los jardines que rodean la fachada del palacio del cesáreo Emperador.

Pero los sencillos labriegos de las aldeas comarcanas, que no comprenden las bellezas de la arábiga arquitectura, y son los más fieles guardadores de las tradiciones; esos, sin vacilar se dirigen á los almenados cubos, y suben la tortuosa escalera que conduce á la plataforma de la famosa *Torre*, desde donde se disfrutan las visitas más deliciosas que se puede figurar el pensamiento.

Y no es para admirarlas á lo que ascienden, nó; es que el *Velero*, guardián de aquel encantado antro, y que se sucede de generación en generación siempre con el mismo tipo, y con iguales costumbres, afirmó á los antepasados de los que llegan, la virtud especial de la cuerda de la célebre *campana de la Vela,* y estos la creen como un Evangelio, y no olvidan el ponerla en práctica en fecha tan memorable. Así es que agarran con las suyas las manos más ó menos blandas de sus prometidas, y en esta unión tiran con toda su fuerza de la maroma, para que las vibraciones lleguen hasta los espacios más remotos. Porque verificada esta operación, tienen por seguro casarse dentro del año que empieza, y sabido es, que pocas jóvenes se negarán á concurrir á tan halagüeña ceremonia. Antes por el contrario, esperan con anhelo las invitaciones y se aprestan al viaje seguras del éxito apetecido. Y bién sea por causa del *roce* en la faena, bién por el más ardiente cariño que se despliegue en el acompañamiento, las bodas son seguras, y la creencia mayor entre las favorecidas con el yugo.

III.

Mas lo gráfico, lo característico en esta localidad, es la asistencia en la noche á los teatros, á presenciar la *ejecución* de la comedia en tres actos *La Toma de Granada, ó el triunfo del Ave María.* Niños y grandes, todos demuestran la misma locura. Y eso que á uno por uno se les puede preguntar su texto de memoria. Los primeros, representan el pasillo del Moro Tarfe y de Garcilaso al despuntar en sus aficiones dramáticas, y los segundos, á pesar de sus distintas edades, no se desdeñan de reir de los chistes y saltos del morito Angulema, y de pedir repetición á las relaciones en *verdadero caballo,* que tiene el privilegio especial de hollar con sus ferrados cascos las tablas del sitio de las butacas.

¡Qué emoción cuando el barbudo musulman desafía á toda la corte, con aquello de

> Cristianos, cuya loca fantasía,

y hasta el mismo Rey Fernando,

> ....que mi espada
> hasta en los reyes corta fulminada.

¿Y qué aplausos cuando el jóven Garcilaso de la Vega se presenta con su lanza que corona la

cabeza del enemigo, y el rescatado cartel del *Ave María* al cuello?

¿Y cuando en el reto, Tarfe se harta de decir valentías y al terminar prorrumpe con soberbia?

¿Habrá quien vuelva por ella?

Todos los asistentes se creen en la obligación de responder con el galán jóven.

—Y quien te mate también.

Porque estoy seguro que desde los *Paraisos* donde se asienta el público menos ilustrado, tal vez no faltaría quien verificase instantáneamente el dicho con el hecho.

....

Que el patriotismo no se excita en vano en todos los pueblos del mundo, y es la cuerda más sensible que siempre responde á los sentimientos purísimos de nacionalidad.

IV.

Por eso, el dia de la *Toma*, es una gran fiesta granadina, que respetan y ensalzan, todos los partidos politicos que con tanta frecuencia se suceden en el poder; quienes al cobijarse bajo el *sacro pendón castellano* bordado por aquella Reina Católica, *madre verdadera de sus vasallos*, y

cuya memoria será siempre colmada de bendiciones, son únicamente españoles que se enorgullecen en descender de los guerreros que desde las montañas de Covadonga vertieron durante siete siglos su sangre generosa, hasta obligar al desdichado Boabdil á entregar las llaves de su corte musulmana, y á lanzar el tristísimo adios, en el histórico *Suspiro del Moro*.

1835.

LA FESTIVIDAD DE LOS SANTOS REYES.

I.

«A tal señor, tal honor,» dice el refrán transpirenáico, y efectivamente pocos dias hay de más importancia que el que nos ocupa, pues se le agrega á lo de ser el último de las fiestas, la circunstancia de felicitarse los militares; y ya se vé, eso de los uniformes, y las estrellas, y los bordados, es causa suficiente para que el sol de la vanidad humana brille esplendoroso en todo su apogeo.

Así es, que hasta las familias medianamente acomodadas lo festejan, en cuanto pueden, y si la Pascua ha sido abundante, reservan un pavo para sacrificarlo en este dia, que digieren contoneándose con los trajes nuevos, en las visitas de etiqueta ó en los arrecifes del Salón. El cambio de tarjetas tambien está muy en boga, y todos se desean prosperidades y venturas, amén de arañarse si pudieran los políticos de la parte oficial,

y ellas hincando la tijera en los adornos y vestidos de sus contrarias.

Pero los rasgos característicos y populares deben notarse desde la noche de su víspera. Los niños, para quienes todo son alegrías en esta didichosa primera edad, aguardan el cumplimiento de la promesa que les hacen sus madres, de los bonitos regalos que á las doce de la noche en punto les traerán los *tres Reyes magos*, majestades que se les hacen grandemente simpáticos á los parvulitos, incluso el negro, que es el encargado de la sección de anises y peladillas.

Por ello ocurre, que no queda un infante que no cuelgue en su reja un zapato, una cesta, ú otra cualquier prenda de anchura y fondo, para que en ella depositen el obsequio, prometiendo no dormirse para pronunciarles el discurso de gracias que con tierno entusiasmo y media lengua en los más, se aprenden antes, formando el regocijo de los autores de sus dias. Pero ¡ay! ¿quién detiene el sueño cuando acude á cerebros á quienes no desvelan ni los cuidados ni los amores? Ni uno solo puede sorprender á la cariñosa mano que, haciendo el papel de la realeza, llena de dulces y presentes el objeto destinado á cobijarlos.

Por lo regular se lo encuentran al despertarse debajo de la almohada; ¿y quién de mis lectores

no recordará con placer el júbilo experimentado ante el hallazgo, y las disputas sostenidas con los hermanos mayores, que ponen en duda y se mofan de la inesperada intervención de los Príncipes del Oriente?

¡Dichosa edad y dichosas costumbres, que los antes hijos y luego padres conservan en sus pechos y la trasmiten como emblemas de ternura, de generación en generación!

II.

También forma el contraste con la anterior, otra costumbre popular que se celebra entre adultos y que no por ello deja de ser ocasión de alegría y de divertimiento. Me refiero á las escenas á que dá lugar el acto de echar los *estrechos*.

Nunca olvidaré una tertulia (1) donde la amistad, el decoro, y el fino trato, resaltaba con el placer honesto, que era palenque intelectual de los ingenios granadinos, y cuya bandera ostenta-

---

(1) *El Pellejo*, del juego así denominado y cuyo triunfo principal es el cinco de oros. En esta sociedad, cuyo archivo sería interesante examinar en pró de las letras granadinas, escribieron apropósitos dramáticos y líricos todos los poetas y músicos cuyos nombres despues son orgullo de su patria.

ba por escudo la broma y la verdadera cordialidad.

Allí era tema obligado pasar la velada de Reyes, en la ocupación á que me refiero. Formados los dos bandos en que se dividía la sociedad, y prévio un expléndido refresco, se procedía al sorteo de nombres y regalos, bién entendido que se hacían todas las trampas posibles, para que aquellos resultasen lo más contraproducentes y expuestos á la hilaridad general, sin traspasar nunca ni por nada la broma de buen género que era por todos admitida.

Hé aqui algunos de los motes que mi ya cansada memoria recuerda, entre los pronunciados en una de las festividades más concurridas.

NOMBRE. Con su contínua risita
hecho un lindo querubin,
sale aquí D. Agustín
buscando á D.ª Paquita.

REGALO. Le regala por lo fino
para no pagar las multas,
un rábano y un pepino....
mas no espera á las resultas.

—

NOMBRE. De gozo revienta ufano
el corazon de María,
poque sale en compañía
del hijo del escribano.

REGALO. Con primoroso donaire
que á su pareja respeta,
le regala una cometa,
que al fin el amor es aire.

Pueden figurarse mis lectores, las bromas y pullas que produjeron ambas coincidencias, particularmente para los que estaban en el secreto.

—

Había un jóven almibarado entre los circunstantes, un *gomoso*, como diríamos hoy, que anhelaba salir en suerte con cierta bella para tener motivo y razón de dirigirla sus tiros amorosos; pues bién, á este, en la maniobra de que el secretario era el mayor y decidido cómplice, le endilgaron lo siguiente:

NOMBRE. Una partida serrana
pone oste escrito en un tris,
pues compañero de Luis,
sale doña Sebastiana.

La buena señora contaba ochenta abriles y era viuda y tuerta.

REGALO. Me entra el amor de porrazo
y regalo en conclusion
alma, vida y corazón
y por coleta, un abrazo.

Luis tuvo que apechugar con la vieja y pilló tal enojo que no vino por la tertulia en muchas noches.

Habia entre los concurrentes un militar francote y calavera. También la *suerte* le guardó su jugarreta, siendo universal la carcajada, como se verá.

NOMBRE. D. Ramón de Bocanegra,
capitán de cazadores
y mozo de los mejores,
sale en suerte.... con su suegra.

REGALO. Pues al destino así plugo,
y tanto bién se le irroga,
es su regalo una soga,
y se ofrece por verdugo.

La aludida quiso derribar el bombo y embestir al manipulante.

Luego empezaban las contradanzas de las parejas.

—

NOMBRE. También la suerte adivina;
que ha reunido dos mortales,
el tartamudo Rosales
y la coja Celestina.

Los novios desdeñados ó con intermitencias, también resultaban en la agrupación.

OTRO. Aunque ocasione un apuro,
viene la suerte gemela;
salen don Paco y Adela
y Rosita y don Arturo.

Los regalos no hay que pensar cómo serian

para que el jolgorio no cesase un instante. Si mal no recuerdo, el que cerró la marcha decía así:

REGALO. Un presente de grandeza
el premio ha de merecer,
y doy con toda franqueza,
lo que sobra á Lucifer
por cima de la cabeza.

—

Excusado es añadir que nadie admitía la endiablada metáfora, y que en estas y las otras se mediaba la velada, y tocaban á recogerse alegres y satisfechos.

III.

En otras muchas casas ocurrían iguales escenas sin el acompañamiento de poesía, y con esto y cuatro admiradores de Baco, que bajo pretexto de esperar á las majestades agarraban una soberbia *curda* en los ventorrillos del camino de Jaén, (pues siempre de Madrid ha de llegar todo lo grande), se terminaban los festejos con que en esta ciudad se acostumbraba, y áun acostumbra á ensalzar, el clásico *dia de los Reyes*.

1884.

SAN ANTÓN EL VIEJO.

I.

San Sebastián—mocito y galán,
Saca las niñas—á pasear.
San Antón - saca las viejas del rincón.

—

Siglos hace que se halla en uso este cantar en nuestra patria, y se conoce que quien lo inventó tuvo en cuenta la blanca y venerable barba conque representan al divino ermitaño, para adjudicarle la parte menos apetecible del sexo bello.

Pero así y todo, su fiesta tenía un tinte esencialmente popular y digno de ser conservado en la memoria de las generaciones venideras.

A la entrada del ameno paseo llamado *Camino de Huétor*, despues de los nuevos *jardines de la Bomba*, y del puente construido por el general francés con los derribos de las iglesias granadinas, subiendo á mano izquierda una cuestecilla empedrada, por la que casi siempre corre transpa-

rente arroyuelo, existía hasta hace cincuenta años, un templo más bien que ermita, aislado de otras habitaciones, y con un callejón de mediana anchura que lo circundaba. En frente de la puerta principal estaba la casa del padre capellán, y en un ángulo el famoso aljibe de igual arquitectura que los de la Alhambra. Este edificio se llamaba *San Antón el Viejo.* Para celebrar su advocación, era costumbre de los labradores de aquella parte del Genil que lamia sus muros por el costado izquierdo, y de los numerosos molineros que en su cáuce tenian sus artefactos, apenas oian y se terminaba la función religiosa y el elocuente sermón, por lo regular predicado por un padre dominico, dirigirse á sus moradas y ataviar el ganado para presentarlo á la concurrencia. Era un espectáculo curioso contemplar tantas yuntas de bueyes, tantos caballos y mulas, con pretales de cascabeles, con cintas en las crines, pobladas moñas en las atacolas, y montados por sus dueños con los trajes más escogidos.

Allí el labriego con su ancho calañés, su calzón corto y su faja encarnada de siete vueltas, y el molinero con su media blanca, su redecilla y su coleta canosa, más por los espurreos de la harina que por la edad, se entremezclaban en fraternal consorcio, y también se descubrian entre los

mismos, algunos tratantes, castellanos nuevos, y tal cual señorito con su brioso alazán aderezado á la andaluza, destacándose como extraños entre los mencionados gremios.

Todos hacían alto ante el presbiterio, y colocándose en fila, por el callejón mencionado, daban *siete vueltas,* ni una más, ni una menos, en honor del Santo, á quien pedían las librase para en adelante de todo género de enfermedades.

Regularmente, las caballerías que mostraban mejores galas y arreos, se cotizaban despues entre los aficionados á más alto precio, y solía acontecer que la devoción y el cálculo fuesen íntimamente unidos.

Despues, cuando los rayos del sol apretaban, las innumerables familias que presenciaban el desfile, continuaban subiendo el ya más áspero repecho, hasta reposar en otra preciosa ermita, nombrada el *Santo Sepulcro,* de exquisito gusto arquitectónico, y desde cuya eminencia gozaban de un paisage encantador. Por un lado, las huertas y cármenes que se asientan en la parte derecha del rio, las cuevas y el accidentado cerro del *Barranco del Abogado,* las fábricas á que dá movimiento la *Acequia Gorda* y la del *Candil,* coronadas por las alturas de las *Barreras* y las primeras estribaciones de *Sierra Nevada.* Por el

otro, el inmenso panorama de *la vega*, hasta terminar en las sierras que la encajonan, y como á tan risueño marco se reunía un agua deliciosa y sombras de espesas arboledas, en lugar de volverse á la ciudad, llevaban las meriendas prevenidas, y eran pocos muchas veces los extensos olivares de *Santo Domingo* para cobijar tanta fiesta, tanta reunión, y servir sus ramas de base á otra de las diversiones caracteristicas del pueblo en este dia, cual era la de entretenerse en *echar los mecedores.*

II.

En una plazoleta que cobijan unas copudas encinas, en otro rincón á quien da sombra un frondoso olivo, ya al borde de una acequia donde crecen robustos álamos blancos, ó en el declive de una colina en la que arraigan altísimos fresnos, diferentes familias hacen sus aprestos de cocina y la proverbial sarten se calienta con ramas secas en el improvisado hornillo que se forma con tres piedras javalunas. La gente menuda se agrupa alrededor, capaz de engullirse la vianda sin cocer, y las mozuelas más deseosas de divertirse toman número para columpiarse en la sólida *cuerda de barcinar* ó en la *sobrecarga* de es-

parto, que complacientes mancebos ataron con maestría en las ramas más gruesas de los árboles.

Mientras esto ocurre, muchas se dedicaban á condimentar sus guisos, ocurriendo lances que no son para olvidados.

Una señorita ingerta, de esas que todo lo saben y todo lo ignoran, quiso lucirse ante su amante. Tanto procuró esmerarse, que cuando fueron á destapar la olla, este sacó con cresta y plumas la cabeza de un gallo, que era el apéndice preparado para el arroz.

La hilaridad fué universal, y al reconvenirla su madre, respondió con inocencia.

—¿Pues no es hoy dia de guisar cabezas?

—La tuya por si me engañas, dijo para sus adentros el novio, haciendo voto de castidad eterna.

En otro grupo, al volcar el puchero, se hallaron solo caldo y patatas. La carne la habian ido sacando poco á poco la gente menuda, y comido, á estilo de los cosacos, medio cruda.

A la revuelta, cuando más entusiasmados estaban con su fritura unos sombrereros, dos mastines que venian peleándose, dieron con la sartén en tierra, y lo que es peor, en cuatro lametones sorbieron su contenido. Los de la reunión qui-

sieron pegar á los pastores y hasta secuestrar una res del ganado próximo, contentándose por último, con abonar tres pesetas y cometer un borreguicidio.

En el ángulo de enfrente, una mozuela da de pescozones á su hermanillo que se ha escondido debajo del miriñaque de estera que se quitara para columpiarse, y mahulla dentro de su jaula, obten[illegible]do las pedradas de sus congéneres, que pon[illegible] prenda de vestir en tal estado que para ter[illegible]ar desazones lo arrojan á la lumbre.

¡Qué carcajadas y qué animación! Es para verlo mejor que para describirlo.

Juana, la del maestro zapatero del Aljibetrillo, arregla la zalea para que la soga no lastime sus asentaderas, y su primo se remanga los brazos, dispuesto á empujarla hasta las nubes. Pero la madre no lo permite mientras no anuda un ancho pañuelo á las piernas de la jóven, sujetándola la ropa, en evitación de manifiestos peligrosos, lo que dá motivo á pullas y retruécanos.

Apenas en el columpio, en otro mecedor próximo, cantaron,

La niña que se mece
y no la chillan,
es porque tiene flacas
las pantorrillas.

—Embustera, tú sí que pareces una *totovia* montada sobre alambres, contestó como una fiera la del cerote.

—Vaya, pues tendremos que cosernos el hocico porque á la doña Lezna se le antoje, respondió la cantadora.

—Silencio, que todavia no es sábado, dijo desde los fresnos una voz aguardentosa. Allá va la mia.

Quítate de esa esquina
Juan Jarambel,
que vendrá mi Guiñapo
y habrá que hacer.

¿Os ha gustado? pues chilladla.

Allá va ese mozo
con ese papel;
ni aquí falta hace
ni allí es menester.
ayayui, yui.....

En el encinar otra mocetona como una rosa se balanceaba tarareando.

Si piensas que por verte
salgo á la calle,
tengo calor y quiero
que me dé el aire.

Y el amante respondía:

Mi novia no tiene pelo,
con el tiempo lo echará,

y si acaso no lo echare,
pelada me gusta más.
Y tú que lo sabes
y no me lo dices,
que las que se cazan
que son las perdices.

Bajo de los olivos, una morena con más castañas que un castañar, le hacia cucamonas á un aprendiz de escribano que se empinaba sobre las puntas de las botas para verle las de sus zapatos, y cantó al mecerse su hermana

Dígale osté á ese mozo
que está en la esquina,
que si tiene *siciones*
que tome quina.

Por lo que el hombre tuvo que salir huyendo de las carcajadas y de la burleta del corro.

Fuéronse poblando hasta los rincones más escuetos, y de pronto entró una curtidora del *Puente del Álamo*, que sin duda tendría algún entremés con la panadera, porque el sobrino que le amasaba empezó tosiendo:

Por la calle abajito
va mi comadre,
con el abaniquito
dale, que dale,
dale, que dale
y vaya si dió;

que con el aire, del aire
se le salió.

—Lo que me dá la gana, pezcuezo de ahorcado, le respondió al instante la prójima, más valiera que tu tia confesara las sisas que hace diariamente en las hogazas. Decir esto y agarrarse de las greñas todo fué uno, separándolas *los Migueletes*, que en parejas conservaban el órden en el olivar.

Un albañil que estaba peneque, no quiso dejar sin ración al Patrono, y vocaba:

San Antón me quiere mucho,
porque le limpio el tejado;
si supiera San Antón
las tejas que le he quebrado.

Y su compadre el hojalatero, coreaba.

San Antón me quiere mucho
porque le hago la cama;
si supiera San Antón
cómo me llevo la lana.

De suerte que el Santo según los beodos era bondadoso y fácil en dejarse engañar por sus servidores.

Sería tarea sin fin, relatar todos los incidentes de estas meriendas, donde no se perdonaba ripio, ni se dejaba una falta sin sacarla á la vergüenza.

Un atrevido, vió sin duda en la Teresona, algo nada limpio, porque balanceándose entonaba:

La niña que se mece
y no la cantan,
es porque tiene sucias
las *naguas* blancas.

El hermano vino á desafiarlo, pero mediaron amigos, y no pasó el cuento de convidarse.

Blas el albardonero se puso hecho una uva con media arroba de vino que trasegó al estómago y andaba por los grupos empeñado en tomar la medida de la cintura á las mozuelas. Como lo recibian á pellizcos, quiso vengarse berreando esta copla:

Teneis unas cinturitas
que anoche se las medí;
con la cincha de mi burra
les viene tarín barín.

Y aquí te lo traigo
y en el delantal,
que viene tu madre
lo quiere pillar.

Sería el cuento de nunca acabar la narración de las coplas que se entonaban, todas ellas picantes, intencionadas, rebosando sandunga y sujetas al ritmo propio de estos cantares. Las había satíricas y hasta románticas.

Olivito, olivito
del campo verde;
dale sombra á mi amante
mientras que duerme.

Murmuraba una rubita espantando las moscas á su aquel.

Otro más positivo decia.

En los olivaritos
niña te espero
con un jarro de vino
y un pan casero.

Las más jamonas la tomaban por los hábitos talares.

Debajo de la cama
del padre cura,
tengo yo mi tabaque
de la costura.

Respondién dole su comadre.

Debajo de la cama
del *pae tiniente,*
tengo yo la botija
del aguardiente.

Otra zapeaba al novio de esta manera.

Mi amante es un buen mozo
y sin embargo,
la mujer que lo quiera
yo se lo largo.

Quién enojado daba esta réplica.

Al pasar el arroyo
te ví los bajos;
yo pensé que eran puntas,
y eran pingajos.

Las calabazas se repartian también por música.

Quitate de esa esquina
del aire,
barbero loco.
que mi madre no quiere
del aire,
ni yo tampoco.
Y á tí te la dí
la rosa *encarnai*,
á tí te la dí,
vuélvemela à dar.
jui, jui, juyuyui.

La caida de la tarde fué la que puso en dispersión á la concurrencia, con sentimiento de algunas que con el traguillo, y la franqueza que proporciona el mosto, hacían la digestión ya sin ataderos ni sofocos, y con casi ostentación de las ligas. Recogíanse por las más formales los trebejos, sonaban los guitarros, se daban la última mecida á los elementos, y se canturreaba la postrer copla, cuando hundièndose el sol por Parapanda empezaban las tinieblas à poner el firmamento del color de los malos corazones.

Tal era la romería del bendito San Antón, cuyo templo fué echado á tierra, como tantos otros, y del que solo queda la antigua cisterna abandonada y turbia, una casa de vecinos en su superficie, y la costumbre de la gente artesana de irse de campo á los olivares, á comerse el plato nacional de *habas con cabeza de puerco,* en honra del Santo, que no se desdeñó de tenerle por compañía en el desierto.

1885.

LA SUBIDA AL MONTE.

I.

En pintoresca colina
de sitio alegre y ameno
donde el *Dauro* se avecina
y se disfruta y domina
paisage de encanto lleno.

Allí donde los rigores
templan de invierno y estío
arroyos murmuradores,
y á las perlas del rocío
abren su cáliz las flores;

Y con su atmósfera pura
de eterna paz y quietud
goces sin cuento procura,
y llaman por su hermosura
el *Valle de la Salud;*

Se eleva hasta el firmamento
una insigne colegiata,
de la fé duro cimiento,
y que en sus muros recata
de gracias rico portento.

¡Oh monte ilipulitano!
la sangre que derramó
el santo Obispo cristiano,
fué resplandor sobrehumano,
que al Universo alumbró.

Y así como el crudo hielo
en agostar se complace
la planta que cubre el suelo,
que al rayo del sol que nace
levanta su tallo al cielo;

Del martirio la crueldad
que aplicó á aquellos varones
la gentílica maldad,
fué nueva luz de verdad
que tocó los corazones.

Por eso el pueblo se inflama
y la granadina tierra
por su Patrono le aclama,

y *Sacro-Monte* le llama,
por el tesoro que encierra.

¡San Cecilio! ¡nombre amado!
consuelo de humanas cuitas,
mira al pueblo entusiasmado
cómo adora arrodillado.
á tus cenizas benditas.

II.

¡Año (1) de horrible memoria!
la terrible ira celeste
doquiera se hace notoria
con una horrosa peste
cual no registra la historia.

La epidemia en su furor
tendió sus alas de luto,
todo es espanto y temor,
que lleva á su alrededor
la muerte como atributo.

Y lágrimas y dolores
mira Granada en su duelo,
que se borran sus primores

(1) El de 1600.

y espinas en vez de flores
brota extremecido el suelo.

Llora el hermano á la hermana;
la madre el pesar profundo
del hijo por quien se afana;
y responde á la campana
el gemir del moribundo.

En la terrible orfandad,
sin más remedio en su abono
impetrando su piedad
hace *voto* (1) *la ciudad*
de visitar su Patrono.

Y una solemne función
la dedica entusiasmada,
y para más devoción.
consigna la obligación
de una luz continuada (2).

Que brillando ante el altar
de las eternas verdades,

---

(1) La ciudad representada por su Cabildo hizo el voto de subir al sagrado monte todos los años el dia de San Cecilio.

(2) Regaló una lámpara de plata cuya luz ardiera constantemente delante del altar.

sirva para atestiguar
el caso tan singular
á las futuras edades.

Y oyó el Supremo en su altura
la voz del Santo, á su hechura
perdona, y cesa en su ira,
que ya en el cielo se mira
iris de paz y ventura.

Vuelve la dicha en redor
y el pecho tranquilo queda,
y el canoro ruiseñor,
entona canto de amor
otra vez en la arboleda.

Y el ¡ay! de aflicción profunda
producto de tantos males,
es ya placer que fecunda
que el monte y el valle inunda
con brisas primaverales.

III.

Pasan siglos á porfía,
y el pueblo siempre devoto
asiste á la romería;

y nunca faltó en su dia
el municipio á su voto.

Con toda solemnidad
á la promesa leales
ejerciendo autoridad,
representan la *Ciudad,*
con *maceros* y *timbales.*

Sigue gente engalanada;
y otros de placer ávaros
tuercen á la *Era Empedrada,*
ó desde *Puente-quebrada*
al *cerro de Montes-claros.*

Y allá en las *Avellaneras,*
eterna verdor del río,
familias menos severas,
mueven bailes... y quimeras,
y no le temen al frio.

Álamos negros copudos
dan sombra á *las siete cuestas,*
y sirven de anchos escudos
á otras reuniones modestas,
al pié de sus troncos rudos.

El órgano acompasado
da sus notas á millares.

el templo está iluminado,
y el concurso prosternado
delante de los altares.

Se ve la iglesia repleta:
acaba, y la gente en sillas
se coloca en la placeta,
y cada *Edil* se completa
llevando ramo y pastillas (1).

Muchas jóvenes hermosas
y algunas que no son nuevas,
pero de casarse ansiosas,
se disponen presurosas
á correr las *Santas Cuevas*.

Que dice la tradición,
tal vez por causar agobios,
que si besan el peñón (2)
que hay en oculto rincón,
tendrán docenas de novios.

---

(1) Es costumbre repartir en este acto á los Regidores un ramo de flores contrahechas, y una caja de incienso.

(2) Una gruesa piedra situada al entrar en el cementerio de la insigne Colegiata.

Otras logran penetrar
buscando mejor orilla,
y en gracia particular
las convidan á probar
la suculenta *tortilla* (1)

Mas la tarde se apresura;
el sol ya esconde su carro,
y tanta alegre criatura
desciende desde la altura
á la *Carrera de Darro.*

Vuelve la calma á reinar
cual lejos del mundo entero;
¡*Sacro-Monte* singular,
quién te pudiera cantar
en el año venidero!

(1) Famoso plato hecho con sesos y huevos batidos

1885.

AL SEÑOR DEL CAMPO (1)

En el antiguo *Albunest*, ó barrio de los mercaderes judios hace cuatro siglos, frente al palacio de recreo del valiente Muza Ebén-Gazul, convertido en hospital por los Católicos Reyes, bajo el patronato del primer Arzobispo granadino; en el desde entonces llamado *Campo del Príncipe*, tal vez por la desgracia allí ocurrida á un infante de Castilla; sobre robustas losas y cercada de barandas de hierro, se levanta la enseña de la cruz, de la que pende la divina imágen del Nazareno, enclavado en el árbol de la redención, y á la que se venera bajo el cariñoso titulo de *Cristo de los Favores*.

Cuando en las altas horas de la noche de hace bastantes años, acertaba á pasar por el solitario

---

(1) El Excmo. Sr. Arzobispo de la diócesis, dispuso que la fiesta religiosa y popular en honor de la milagrosa imágen se verificase todos los años, el dia 3 de Mayo, lo que viene sucediendo con toda solemnidad.

arrecife que sombreaban añosos árboles, derribados despues por la revolución; cuando ocultaban casi por completo el horizonte las tinieblas, y un pálido rayo de luna hería la colosal escultura, alumbrada por un débil farolillo que se balanceaba á impulso de las brisas, un temor infinito, un respeto sin límites se apoderaba de mi alma, y desnuda la cabeza, murmuraban mis labios la más sentida oración, el credo de nuestra santa fé cristiana.

Y algunas veces, las puntas de los hierros de la oxidada corona de espinas que al enrojecer el rostro mortal del Hijo de Dios fué la salvación del mundo, me parecía que brotaban chispas de fuego, relámpagos fugaces que se perdian en el espacio, como llevando la plegaria del pecador arrepentido al seno de la Madre amorosa de los mortales.

Y terminada mi súplica, sentia ensancharseme el pecho, una tranquilidad desconocida me inundaba, igual á la del hijo que, al despedirse de su padre, sabe que tiene en él firmísimo consuelo.

¡Siempre me ha inspirado gran devoción aquella imágen!

Cambiaron los tiempos. El tránsito por la antigua puerta de *Bib-mitre* se trocó por la de *Bib-Monaita* y mi visita cuotidiana á los cármenes de

la falda del cerro de *Ababúl* quedó en olvido por ascender las empinadas cuestas que conducen á la *Alcazaba-Cadima*.

Pero hace pocos meses, el rumor insólito de milagros verificados á devotos de la señalada imágen, la voz del pueblo cristiano que contaba entusiasmado sus alabanzas, me hizo concurrir á enterarme por mí propio, á pedir de rodillas mi parte de sus gracias infinitas, y la noche del viernes anterior contemplé un espectáculo cuyo recuerdo siempre humedece mis ojos.

El muy nombrado *Realejo* parecía en conmoción. La ancha calle de Molinos se cuajaba de gente, y los contornos de la iglesia del patrono San Cecilio, hervían en piadosa muchedumbre que, llena de júbilo, acudia á implorar de la bondad divina alivio para todos sus pesares.

¡Qué espectáculo tan sublime, qué recogimiento y qué devoción tan espontánea!

Mezcladas todas las clases sociales, el rico con el pobre, la señora con la artesana, el niño con el viejo, todos piden *favores* al único capaz de dispensarlos por amor verdadero, sin premio ni recompensa, sin esperar nada en el porvenir y sin tener otro objeto que la salvación del género humano. ¡Y qué templo ni basílica puede compararse al sitio donde esta escena se representa!

Forma la techumbre el firmamento; ahuyentan las nubes opacas las fúlgidas estrellas, y al cielo suben, pues que el cielo nos cobija, las plegarias de los fieles reunidos en un solo grupo, con un solo pensamiento, el de bendecir á Dios y pedirle misericordia.

Y es su mágico pebetero el poético recinto de la morisca Alhambra que al lejos se divisa, y el incienso lo forman las africanas flores de los cármenes que fertilizan las plateadas ondas del Genil; y á la vista se parece que cuando una blanca nube se posa en las alturas sobre la sagrada efigie, ha de estar en ella oculta la Vírgen María, nuestra Madre de amor y de esperanza, que viene á contemplar gozosa la piedad de sus hijos, á bendecir el sitio y á recoger las súplicas para concederlas.

¡Este es el pueblo de Granada! Los que no creeis, llegad una noche y meditad con cordura y recogimiento.

No es fanatismo, es piedad sincera. Allí no hay aparato ni ostentación. El mármol de la escultura no tiene engastado oro ni piedras preciosas, y apenas si las luces de los faroles, que los humildes costean, señalan un pequeño tributo á la divinidad.

Puede el indiferentismo cegar por un espacio

los ricos veneros de la devoción, como el rigor del invierno marchita las plantas de los campos; pero las raices no mueren nunca; y al sol primaveral se resucitan y los tallos son más potentes, y las hojas más sanas y esplendorosas. Y eso ocurre hoy.

Un pobre artista casi baldado impetró del Señor su auxilio, y la divina misericordia le hace que ya pueda encender la trémula luz con que le rinde culto.

Una madre cariñosa veía ahogarse al hijo de sus entrañas, que horas antes, fresco como una rosa de Mayo, dormía en su seno: porque esa horrible enfermedad, verdugo de la niñez, se enroscaba á su garganta, y no había remedio posible, ni medicina que le aliviase, y entonces ella se encomendó al Santísimo Cristo, y al aparecer la aurora por la nevada sierra, el niño abría los ojos pacífico y tranquilo, sonriendo á la luz celestial que le curaba.

He aquí los hechos milagrosos que se relatan. He aquí explicado el motivo de la nueva festividad que los viernes desvela al católico vecindario, y el origen de la solemne función religiosa que se verifica una vez al año, con procesión y cánticos y rezos al aire libre, y que mueve mi pluma á describirla, recordando sucesos de mis

pasados tiempos, hoy que ya las canas han invadido mi cabeza. Pero el hielo de los años no amengua mi entusiasmo, antes al contrario, gozoso y enardecido al contemplar la santa Religión, más poderosa cada dia, rindo, aunque humilde, el tributo sencillo de mi fe, ante la imágen sacrosanta del *Señor de los Favores*.

1883.

EL DIA DE LA CRUZ [1]

I.

Mes de las rosas, Mayo galán, ven, que necesito saludarte, para que despues de los rudos vientos de Marzo, y las continuas lluvias de Abril, te presentes, como dice el cantar, «florido y hermoso,» alegrando los corazones y esparciendo aromas de salud y de ventura, en esta tierra, la verdadera favorita de María Santísima, que podrán ganarla otras en eso de entoldar su claro cielo con el humo de las chimeneas de cien fábricas, ó aturdirla con el silbido incesante de los vapores y los ferro-carriles; pero que en cuanto á sandunga, y á típica, y á que se derrame la sal por arrobas; ea, que no, pues Granada antes y despues, será y ha sido la mapa de lo bueno, y vamos, el legítimo trasunto de la de Promisión, por más que tenga bastantes *canancos* que carguen con los racimos.

---

(1) Premiado este artículo con el clavel de plata en el certámen público del Liceo en Mayo de 1885.

Pero dejémonos de dibujos y volvamos á Mayo, sin que sea preciso que aligere mucho el andar, pues en su segundo dia es donde pensamos detenernos.

Y no para cantar las glorias de la Independencia, ni para maldecir de Murat y sus *mamelucos*, aunque tambien per aquí se estilan, que eso queda para la villa del oso y del madroño; sino para referir los trabajos y peripecias que acontecieron á la señora Damiana, una respetable casera, de las más vigotudas y avinagradas de este *barrio de la Virgen*.

Habeis de saber, lectores, que esta tirana del *Corral de vecindad* (que así lo llamaban gráficamente los antiguos), situado en la *Calle Nueva*, cuyo número no recuerdo, era una viuda entrada en años y en canas, que habia logrado con su genio enterrar al esposo, y eso que este, las noches de los lunes en particular, la tomaba en las espaldas más medidas con el tirapiés que á sus parroquianos en lo restante de la semana, siendo fuera de esta pequeña falta, un remendón apreciable, ducho en la lezna, y más en combinar una cinquina á la lotería de los números cabales.

Dios lo tenga en su eterno descanso, y volvámos á la cónyuge.

Cuando la semana anterior se la presentaron las mozuelas que ocupaban sus viviendas, y muchas otras de los alrededores, en solicitud de permiso para *poner una cruz*, en el anchuroso patio de la casa, la primera resolución fué negarlo rotundamente; pero recordando que á su hija la rondaba cierto cabo de artillería, que aunque atrevido como era con las mulas, no traspasaba los umbrales para declararse á la Mariquita, pensó que la ocasión era propicia, y accedió majestuosamente, despues de muchas salvedades y distingos.

Satisfechas las muchachas con la concesión, se repartieron en distintas comisiones; y hé aquí por qué la mañana del dia dos, que nos ocupa, era el portal mencionado una colmena, la casa un barullo, y el patio una torre de Babel.

Mientras las unas lavaban y fregoteaban el local, como si la Junta Sanitaria hubiese girado una visita, las otras más listas y descocadas recorrian sus conocimientos, en petición de toda clase de muebles y adornos para hacer *un monumento*, que diera quince y falta, á otro que se anunciaba en el lejano *barrio de San Lázaro.*

De casa de la Marquesa trajo la Hermenegilda, floreros, colchas y macetas; la Julia acudió al ama de gobierno de un señor Beneficiado, quien,

como se trataba de un asunto católico, abrió sus salas, y es imponderable el número de objetos que prestara, entre ellos un niño Jesús de talla, que tenia en mucha estima, pero con cláusula expresa de que ocuparía lugar de los preferidos. El tendero de comestibles facilitó dos urnas, y hasta cierto sacristán que le guiñaba más de lo que tolerarse puede á un hombre de iglesia, á Pepilla, la sobrina del alguacil de enfrente, entregó á esta tan gran cantidad de candeleros y cabos de vela, que es preciso que algo fuera en menoscabo de las benditas Ánimas, con alguna añadidura de *rapaverunt* á la cera de la Parroquia.

¡Aquello fué lo que habia que contemplar! ¡Cuánto trebejo, cuánta baratija, que abigarramiento, que ornamentación tan heterogenea!

Corta pareció la tarde, y aún más corta la velada, para tantos tragines, y ya andaban los gallos á vueltas con sus pregones, cuando se acabó la faena, y gracias á que un señor Frasquito, alcalde de barrio de los de la primera constitución, bién escaso de pelo, pero retozón y amigo de hallarse entre faldas, trajo una botella de bebida blanca para amenizar el rato, y que tomara ánimo el oficial de carpintero, que ya renegaba de su existencia, con tanto y tanto clavetear sábanas y trozos de madera para formar el aparato, y en-

lucir y tapar lo desconchado de las paredes y lo desigual de las ventanas.

El Señor echó por fin sus luces, y la transformación resultaba á maravilla.

El patio parecía un arlequin de frutas. Infinidad de colchas blancas y de colores, con sus guarniciones, y algunas hasta de damasco, formaban el improvisado templo, destacándose en el testero principal, unas encarnadas con franjas de oro, para ornamento del dosel donde había de colocarse la Santa Cruz.

Y en verdad que se justificaba el refrán, pues nunca se vieran *más moños*, alrededor de una imágen, como los que se colgaron anté aquella.

¡Qué monumento tan primoroso! ¡Qué escalinata con tantos y tantísimos arrumacos!

Verdad es que algunas malas lenguas, por supuesto pertenecientes á otra feligresía, dábanle el nombre de baratillo, en vez de admirar tamaña colección de primores. ¡Indignos! ¡Llamar baratillo á *la cruz del barrio de la Virgen de las Angustias!*

Ese dicho podia solo caber en el meollo de los *greñudos* de *San Cecilio*, ó de *los cebolleros* de la Yedra.

Pues si, señores, el altar estaba muy bonito, muy majo y engalanado, con sus macetas de boj

en el piso, y otras de claveles y rosas más arriba y sus fanales con infinidad de flores contrahechas; y San Antonio de Pádua junto á un torero armado de muleta, y San Pablo en el desierto, haciéndole el duo al inolvidable *Juanico Baba*, llevando el violón, primoroso objeto de arte cerámica, y orgullo de nuestros escultores en barro.

¡Y cuidado si era *liberal* la cruz! Los dos cuadros que más resaltaban en el frente, eran los de Espartero y Riego, por señas á caballo, y con un espadón en actitud de atravesar á un Señor de las tres caidas que le colocaron en las orillas.

¡Que lujo en los detalles! Hasta un inmenso receptáculo de cristal lleno de peces de colores, allí se descubría, formando un *acuarium* náutico religioso.

Mas lo que llamaba doblemente la atención, era un encarnado *pero,* haciendo *pendant* á unas afiladas *tijeras*, todo puesto y colgado en lo más vistoso y saliente de los adornos.

¿Qué misterio encerraban aquellas *insignias?* Pues muy sencillo, las últimas era para que los murmuradores se cortasen el *pico*; y la *fruta,* para que teniéndolo la cruz, nadie pudiese ponerle *pero,* á el primoroso y nunca bien ponderado altar entre los altares.

Y eche usted cornucopias, y guirnaldas de lau-

rel, y coronas de siemprevivas imitadas. Vaya, era una bendición de Jesucristo.

Rodeada por supuesto de bancos de distintos tamaños y alturas.

¿Y quién se calculan ustedes, que formaban la guardia interina sin opción á relevo? Pues todos los chiquillos del contorno, que los tomaban por asalto, y se daban de pescozones por conseguir las esquinas.

El resultado de estas batallas no era nada saludable para el cristal y las efigies; así es, que á la hora de la devolución á sus dueños había sendas discusiones sobre si lo roto era producto de un chinazo ó de *un pelo*, jurando no más préstamos ni consideraciones. Fué de ver la entrega de un San Francisco, que resultó quedarse como el célebre *Melón de Dalias*, sin brazos ni piernas....

Pero vamos á que son ya las dos de la tarde del *dia 3*. Que todo quedó concluido y colocado; que el suelo tenia hasta alfombra de juncia, y enarenados los hoyos, y relleno con ladrillo algún hueco de mayor consideración.

Es justo que las muchachas se adornasen también, pues eran las estrellitas de aquel pintado cielo; para salir á las esquinas bandeja en mano á desalojar algo los bolsillos de los transeuntes y desocupados.

Y este es otro de los rasgos característicos de la fiesta que describimos, y quizá el que menos gracia produce en los que lo consideran.

Porque es preciso ser muy tacaño y desentendido, para no aflojar la bolsa ante aquella bandada de niñas hermosas, tan pulcras, tan sonrientes, tan vivarachas, tan decidoras, con vestidos de crujiente percal, y un pañolito al talle, que no lo tapa, y lo ciñe, para causar más tentaciones que las de San Antonio.

Así es, que no hay señorito que no eche en el platillo cubierto con hojas de rosa, lo más que puede, ni mozo crudo que no arroje un peso con el desenfado mayor del mundo.

Igual ocurre con los pretendientes y los galanes favorecidos, que están toda la semana ahorrando los jornales, para depositar su importe en las blancas ó morenas manos de sus ídolos.

Verdad es, que los rumbosos obtienen una invitación para el baile de la noche, que, como salida de aquellos labios de grana, vale más que todas las monedas acuñadas y por acuñar.

Y en estas y las otras, la tarde avanza, las niñas se recogen á tomar un bocado y á darse otra pincelada en la cabeza, mientras suenan las Ánimas, hora crítica y de rúbrica, para dar principio á la última y más señalada parte de la

festividad. Y ahora sí que es ella, y donde se necesita de otra pluma de mejor corte para describirla.

II.

Numeroso concurso llena los ámbitos y hasta el portal de la casa de vecinos, que ostenta como extraordinario un belón de cuatro mecheros, que cuando no oscila, atufa, y cuando no gotea, regala una mancha á entrantes y salientes. El altar está ya encendido por completo, con gran júbilo de los chiquillos, que se llenan de cera hasta los talones.

Mas llega la señora Damiana, y en unión del Justicia del barrio, separa los bancos que formaban el antemural de *la cruz*, los coloca á los lados y resulta un cuadrilátero, donde ocho parejas puedan rebullirse y jalearse.

Apenas la viuda se coloca, teniendo á la orilla á su Mariquita, sirve esta acción de santo y seña; pues cada cual por ensalmo se arrellana, *casualmente* entremezclados los sexos, y los enamorados y las enamoradas, no sin que tales apreturas produzcan algún que otro disgusto entre las madres.

Pero un lugar se reserva como inviolable. El que ocupa á renglón seguido el ciego *Sabanillas*,

el *Chato* el barbero, y *Tomás,* el más célebre bandurrista de la comarca. Orquesta *ad hoc,* que había de amenizar la noche, merced á su apéndice de convite, y de una parte á prorrata en la colecta.

Largos minutos tardan en templar los instrumentos, no sin excitar murmullos de censura; las chicas se ajustan los palillos, y los mocitos se arriman, pronunciando la frase sacramental de «en baile».

¡Oh mágicos preludios del fandango, cuántos corazones no haceis palpitar al escucharse las sentidas notas!

—Ea, alegrarse las gargantas, que lo que más interesa es lucir *los paises bajos* en los cambios, exclama el tio Frasquito, que olvida su fuero y carácter al verse entre tanta hija de Eva.

—Que cante el *Chato,* y abra las ganas á los aficionados.

Este no se hizo de rogar, pues con voz enronquecida aturdió el patio con la siguiente:

La campana de la Vela
despierta á los regadores,
y á mi también me desvela
á pensar en tus amores.

—Ole, por los barberos; le replicó Lucas el cortador del hospital. Para que este hombre duer-

ma, ¿por qué no le da adormideras la Julianilla?

—Oiga usted, saltó como una fiera la aludida. Lo que no le importa á toda la carniceria en masa. Y á seguida entonó.

Dicen que me quiere mucho
y que se muere por mí;
muérase usté y lo veremos,
y entonces diré que sí.

—Malos sentimientos; le endilgó una comadre del rapista. Anda, hija, que te pones más moños que una cuadrillla de toreros.

El ciego tuvo que defender también á su compañero de murga, y así habló.

Yo encontré una mujer buena
por una casualidad;
será menester ponerla
en la historia natural.

—Vuelve por otra, y que viva *Sabanillas*. Mudanzas, mudanzas, y no apretarse mucho los dedos en el *robao*, que suelen pegarse las calenturas.

—Este señor Frasquito es el mismo demonio, le dijo una jamona queriendo tirarle un pellizco.

—Estése osté quieta, Isidorica, que á gato viejo, rata tierna, y su edad ya la libra de ayunos forzosos.

—¿Y qué sabe de eso el tio Mambrun? le contestó con los ojos encendidos de cólera.

En esto se levantaron dos jaques, y acercándose á los bailadores dijeron:

—¿Se hace el favor de que demos una vuelta con sus parejas?

La costumbre es ley, y por más que no les agradara mucho, los segundos saludaron tocándose al filo del sombrero, y ocuparon un rincón. Desde allí como en venganza cantó uno.

Un amor tenia yo
que me decía llorando,
que nunca me olvidaría,
y ya me estaba olvidando.

—Pepe, exclamó una prójima levantándose, ¿esa pulla es á mi hija.

—No señora, ¡pues no faltaba más! ¡Si Rosario es incapaz de semejante cosa! Y contradiciendo el dicho tosió fuerte, y cantó:

Permita Dios donde pongas
todos tus cinco sentidos,
que paguen á tu querer
como tú has pagado al mio.

—Muy bién dicho, pero que se sienten ya esas niñas, que tendrán hormigueo en los piés, ordenó el director del baile.

-Nos sentamos, si canta don Salvador, le re-

plicó una morena con los siete saleros en la lengua.

—Por mí no queda, y allá vá:

El canario y la mujer,
no deben quedarse solos;
el canario con el gato,
y la mujer con el novio.

Grandes risas acogieron la copla, y aunque algunas entre risueñas le llamaron desvengonzado, para si conocerían la exactitud de la metáfora.

El rostro de la Damiana iba avinagrándose; porque no sacaban á bailar à su hija, cuando se puso delante un robusto mocetón con uniforme de artillería, demandándola el permiso. No se hizo de rogar, y el bandurrista, por complacer á la presidenta, entonó, por más que no pudiera ser exacto, este cantar.

Al darte pestañas negras,
Dios sin duda se propuso,
que por las muertes que causas,
tus ojos vistan de luto.

—De rechupete, viva la gracia de la casera y de su mayorazga, voceó el oficial de carpintero, que ya empezaba á ponerse azul.

El soldado trató de declararse, y nunca mejor ocasión que aquella. Asi es que entonó la siguiente píldora:

La Cruz bendita de Mayo,
la celebran aquí todos;
yo quisiera celebrar
la cruz de mi matrimonio.

—Que se case, que se case y comeremos dulces, gritaron las mozuelas con gran jolgorio.

La beneficiada tuvo que responder:

Qué cuidado me dá á mi
que me murmuren contigo,
si entra el sol por los cristales,
y no se quebranta el vidrio.

—Bién por la ternura y los requeleques, pero ya tengo calambres en los dedos, añadió Sabanillas parando la ópera.

—Que salga ese *caballero blanco seco de la costa,* añadió Tomás empinando el codo

La casera, ya gustosa por el porvenir de su vástago, descubrió una amplísima bota que estaba debajo del altar, que corrió de mano en mano, y á pocos instantes ya se le conocian las arrugas.

—¿No hay *mistela* para los forasteros? dijo interrumpiendo el jolgorio la voz aguardentosa de un tio, con un par de patillas como cepillos.

—Afuera los de la *calle Real,* cada oveja con su pareja, exclamaron otros valentones.

—En la *Alcantarilla* aguardo, añadió el nuevo Durandarte.

—No está mal escogido el paraje, allí echan á los gatos recien nacidos.

Sin la intervención de los serenos, el lance hubiera pasado á mayores, pero se llevaron al curro, y la entrada de una familia compuesta de una mujer mayor y dos hijas como dos soles, acabó de sosegar el tumulto. La primera era rubia, y la segunda blanca cual la nieve, y el cabello negro como la endrina.

—Ya están ahí las hijas del fabricante de curtidos; como son tan guapas, tienen que llegar de las últimas, murmuró Josefa la lavandera al oido de D. Salvador.

—Bién venidas sean, porqué son lindas muchachas, siempre que los lacayos que las siguen no se despropasen, para que tengamos la fiesta en paz.

Todas hicieron lado á las recien venidas, inclusa la Damiana, y refocilados los músicos siguió el baile. El *alpiste* bebido, el calor que reinaba por la concurrencia, las luces, y la vista de tanta cara buena, daban una inusitada animación al espectáculo. Siguieron los cantares.

Joseillo el matutero, requebrando á la sirvienta del almacenista, decia:

El que quiera apagar fuego
á peseta y de comer,

meta la mano en mi pecho,
verá un corazón arder.

La Maritornes entendió la endecha, y al sacarla al ruedo, le contestó:

Dentro de mi pecho tengo
una arquita con dos llaves;
ábrela y métete dentro,
que tú solamente cabes.

—Bravo, vivan los cariños y los suspiros de canela, gritó el barbero haciendo hablar á la guitarra.

Se remudaron otra vez los bailarines.

—Sacristán, sacristán de los demontres, decía una vieja, ¿qué modo de cobrar el abrazo es ese?

—¿Te asustas tia Manuela? Yo los doy de *cortijo jundío,* que así me los manda el médico y la doctrina.

—Pues en volviendo á hacerlo con mi Dolores, te tiro una silla y acabas de cantar letanías y responsos.

—Es que estoy yo aquí antes para romperle los costillares, afirmó un *flamenco* acercándose al reconvenido. Y luego repuso. *¿Quiere usté tomarse una puñalaita conmigo?*

—¿Y quién le dá vela en este entierro? le contestó el solana que no era sufrido y ya había des-

calabrado á algunos con el hisopo. Vámonos á tomar aunque sea veneno, so cara de alambre.

La pronta autoridad de don Frasquito, que mostró las insignias en un bastoncillo de á cuarta, evitó la desazón, y fué arrojado el jaque, que había venido de otra parte á *moverla*.

De nuevo se ordenaron los músicos, y se renovaron las parejas con otras niñas que ardian en ganas de estirar sus miembros.

—Que cante Lucía, pidieron varios mozos. Lucía era la rubia de la postrer hora.

— Mi hija está ronca, contestó la mamá dándose aires de soberana.

—Vaya, D.ª Trinidad, con este vasito de rosoli se le aclarará el órgano. Esto dijo presentándolo un jóven bien parecido, á cuya vista la madre se puso verde como la cebolla, sin dignarse responderle. Pero ella se acercó la copa á los labios, desentendiéndose del regaño que la esperaba.

— Ya se armará el lio, aseguró D. Francisco; la mamá no quiere al amante y la chica parece que sí.

Lucía cantó.

Sollta vivo en el mundo,
y de mi nadie se acuerda;
busco la sombra en el árbol,
y hasta las hojas se secan.

Doble repiqueteo de palillos, y esta copla con mucho sentimiento:

A lo lejos que te veo
le digo á mi corazón:
donde lumbre se ha encendido,
siempre ceniza quedó.

—¿Y el compadre *Sabanillas*, ha entrado en muda? preguntó un tuerto rival del guitarrista.

La contestación del aludido fué una saeta:

Alerta, alerta mozuelas,
que en el hombre no hay engaño;
que en sacudiendo la capa,
salta el polvo y queda el paño.

Grandes carcajadas y aplausos, y otra voz que decía:

—Que repita D. Salvador.

—Para servirte, hijo, allá va.

Yo he comprado una escopeta,
la verdad que me dió falta;
en mujer y en escopeta
no hay que tener confianza.

—Y en usted menos, viejo taimado, le replicaron las mozuelas queriendo arañarle. Pero el socarrón las contentaba con almendras peladillas, por aquello de que todos los seres se amansan por el pico.

El mozo del bríndis y otro también *de circunstancias,* se acercaron para sacar á bailar á las dos curtidoras, pero la madre les negó el permiso con desabridas palabras. Los mancebos se retiraron á un ángulo, bién avergonzados, y al llegar la ocasión de que las coplas faltaban, cantó uno:

Anoche estuve soñando
con unas cosas de gracia;
que á tí te echaba en mis brazos
y á tu madre en la tinaja.

No se acabaron los ecos, cuando le siguió el compañero con esta:

El casarse es un Calvario;
el hombre es el Redentor,
y la mujer es San Dimas
y la suegra el mal ladrón.

Pueden figurarse nuestros lectores, la *huelga* que se movería con estos dicharachos. Doña Trinidad se levantó hecha un basilisco, y sin hacer caso de la Damiana se fué con su prole, pero antes de salir del portal, sonaron unas bofetadas de rechupete y los gritos y carreras de ordenanza. El pellejero habia llegado, era hombre de malas pulgas, y fué quien propinó aquellos tapabocas á los cantadores. Estos echaron mano á las navajas, y se movió la del Rosario de la Aurora. Re-

sultado, que hubo conducción al arresto, lloros y desmayos en las hembras, sin que la poderosa facundía de D. Francisco y de la casera pudiesen volver á la festividad su primitiva alegría. Fueron retirándose bastantes personas, y solo los afortunados galanes se quedaron en el redondel y entre ellos el artillero, y para entretener el rato, despues de saludar nuevamente á la bota, se dedicaron á decir acertijos y narrar chascarrillos.

El militar tomó la palabra.

—Han de saber, por la mayor ventura del mundo, que un moro y un cristiano se pusieron á apostar sobre quién tenía más santos en su almanaque.

El rifeño decía:

—Mira, cristianillo, los dos poseemos una robusta barba; empezaremos á decir las letanías, y mútuamente nos arrancaremos un pelo por cada nombre.

—Aceptado, le respondió nuestro prójimo. Principia tú, morito, y manos á la obra.

—*San Jámela.*

—¿Y qué Santo tan revesado es ese? interrumpió la Mariquilla.

—Cállate, mujer, que no entiendes de árabe. Pues, como íbamos diciendo, el moro le sacó su

pelo, cuya operación le escoció y no poco al contrincante.

Este meditó un poco y repuso:

—San Felipe y Santiago; y dos cerdas salieron al punto del tirón.

—*San Majomé;* y nuevo arrancamiento.

—San Cosme y San Damián, respondía el de mi tierra, y dos hebras se trajo hasta con las raices.

El moro echaba ya venablos.

—*San Zancarronino;* y otro estrujón y otro cabello.

—Santas Justa y Rufina, le replicó el de la partida doble.

Pero el sectario entró en escama y le preguntó:

—Hijo de perra, ¿en tu religión se estila que todos los santos sean gemelos?

—¡Te choca eso! Vaya, pues si ahora entran *las once mil vírgenes*, y te voy á dejar pelón en un minuto.

Entendió el mahometano la indirecta, salió dándole aire á los talones, y quedó la victoria por quien más supo.

Riéronse los oyentes, cuando el chisporrotear de la cera al apagarse, y los arreboles del nuevo dia que se asomaba por el Oriente, indicaron ser

tiempo y sazón de marcharse cada mochuelo á su olivo.

Así lo verificáron, llevándose cada uno tristes ó felices recuerdos del trasnoche, siendo objeto de las conversaciones del barrio, por espacio de muchas semanas, las peripecias, sucedidos y matrimonios que se produjeron con motivo de la gran fiesta de la *Cruz de Mayo*.

LA ROMERÍA DE S. ISIDRO.

Si es una verdad el dicho de que por las vísperas se sacan los Santos, ninguno debe ser de tan grande valía como el patrono de los labradores, Señor San Isidro, que vá precedido de la magnífica fiesta religiosa de la Ascensión.

Refiriéndonos á Granada, de un año para otro se dispone el nombramiento de los hermanos de la cofradía que han de intervenir en los festejos, y en los últimos dias de Abril salen los postulantes recorriendo las casas de todos aquellos que, pobres ó ricos, dependen del campo, y deben impetrar la protección celeste para recoger el fruto de sus continuos y trabajosos desvelos. A cambio de la limosna, que casi nunca se niega, ofrecen una estampa del bendito labriego unido con su fiel esposa Santa María de la Cabeza, y el apéndice forzoso en todos los retratos, de la yunta de bueyes, señal inequívoca y muestra formal del oficio ó profesión del agraciado.

Cuando las sumas recogidas tienen importancia, ó los Sres. Mayordomos son de los que guardan amarillas en sus gavetas, entonces el anuncio de la función es de más ruido que en otras ocasiones.

Se verifica con un castillo de fuego, formal, con *árboles* distintos, con transparentes, y con voladora cohetería, que ocupando un lugar en el tristemente célebre de las *Eras del Cristo,* dá principio su quema á las Ánimas, y suele resonar el trueno gordo, allá por las once de la noche. La concurrencia de todos los ámbitos de la ciudad es mucha, y sobre todo las mozas y mozos de la calle ancha de Capuchinos, y del barrio de San Lázaro, que principian la celebración y gala desde la víspera, con el barrido y regado de puertas, y con el adornarse estrepitosamente con los productos del mes más florido del almanaque, pues en su dia 15 se encuentra colocado el madrileño campeón de la fé, son las que forman el núcleo más saliente de aquella compacta multitud.

De los *fuegos* salen las citas para el paseo de la tarde, y no pocas rencillas y quimeras en proyecto, ya con los amantes más ó menos favorecidos ó entre los bebedores de otros barrios lejanos, sobre si la solemnidad ha sido mejor ó peor digna de aplauso. Ya se vé, los templos de Baco y los

ventorrillos de las caserías abundan de tal modo por los contornos, que no se extrañe que el alcohol, compuesto de tantas malignas drogas, trastorne las cabezas de los aficionados.

Al siguiente y con un calor más que primaveral se celebra la función religiosa en la ermita de su advocación.

No es el sitio donde se levanta, vistoso, que digamos; antes bién, pocas bellezas ofrece al contemplarse. En la confluencia de dos caminos, que el polvo se encarga de recordar á los desiertos arenales del Africa, sin más horizonte que la vista de los cerros de Cartuja, y por el opuesto lado un poco de los viñedos sin vegetación, ni agua, es un contrasentido con lo que representa como protector de los oasis de verdura y abundantes acequias que transforman en un vergel la renombrada Vega granadina. Verdad es que cerca le anda el *torrente del Beiro*, á quien nunca llamaremos, por no ofenderle, rio; pero este se halla de continuo tan seco como conciencia de usurero, y cuando sufre pujos de corriente, despues de alguna inesperada y tormentosa lluvia, es para dañar y hacer irremediables estragos entre las fincas que tienen la desgracia de tenerle por vecino.

Como el templo es pequeño, aunque se adorna

bonitamente, y con la multitud de luces y colgaduras, resplandece la piedad de la feligresía, nunca puede ser numeroso el público, ni prestarse á ninguna de las solemnidades de pompa de nuestra cariñosa madre la verdadera Iglesia católica.

Y llega la tarde, que, como ocurre en la estación favorecida, ni nubes la entoldan ni elementos la combaten, y por las calles que al Triunfo desembocan, y por el camino de Jaen y el de Pulianas, y de la cuesta de San Antonio y de la Fuente Nueva, acuden en forma de inmenso hormiguero, los vecinos de esta siempre alegre ciudad, formando un abigarrado conjunto de trajes y sexos, de clases y condiciones, no faltando tampoco los militares, pues con el cercano cuartel de la Merced, y el no lejano de San Jerónimo, se ven representadas todas las armas é institutos.

Pero lo característico del festejo, lo que dá nombre especial á la romería, es (para el que le gusten), la compra y venta de los proverbiales, famosos y en ninguna otra parte confeccionados *roscos de garbanzos*. Causa admiración contemplar tanto puesto formando larga fila hasta terminar en la entrada de la iglesia, ostentando cada uno su pajiza y especial mercancía, adornados con pájaros que quieren merecer este nombre, y algunos de tan colosales dimensiones que se ne-

cesita el brazo robusto de los cabreros de *San Juan de Letran*, ó el de los gañanes del *Darrillo,* para llevarlos. Porque es de tabla, que los amantes demuestren el afecto de que se hallan poseídos regalando á sus novias uno de los más formidables, siendo el colmo de los primores el que también se incrusten en su circunferencia hasta media docena de huevos duros, que resultan en la mazamorra como otros tantos diamantes en collar de valiosa pedrería. Y no es lo extraño que por voluntad propia se junten estos elementos contra la higiene; sino que haya estómagos que puedan digerirlos, por más que los disuelvan en media arroba del peleón de la *Parrilla.* Pues así acontece, y apenas si un *caso* de *fulminante* ocurre entre aquellos *ogros* de diferentes sexos y edades. Hay más, ni la química más exacta pudiera analizar la componenda de este manjar, por mal nombre. El año en que los garbanzos están caros, porque la enfermedad de la *zorrilla* se los lleva, se atribuye al Santo el que su poderio logra volver en tal semilla aquel amasado de harina, habas, y sobre todo maiz, que en el color está la virtud, con que se presentan al mercado con la pomposa denominación de siempre. Porque en España estamos muy atrasados en bastantes ramos; pero en adulterar los alimentos y habituar-

nos al veneno como nuevos Mitridates, en eso nadie nos gana la palmeta.

Siga su curso la procesión, y puedan salvarse los compromisos amorosos, con el regalo de los inolvidables *roscos* y la romería del Santo labriego; conserve su antiguo colorido, mientras la fértil tierra granadina críe sus doradas espigas, y los caseríos del pago produzcan aquellos vinos baratos, que ponen en perpétuo movimiento á los numerosos habitantes que se guarecen en el intrincado laberinto de calles que principian en la Cruz Blanca y terminan en el camino de San Antonio.

1885.

EL CÓRPUS EN GRANADA.

I.

Multitud estusiasmada
de semblanza nada seria
cubre el campo de Granada
y apresura la jornada,
por ver su *Córpus y feria.*

Cruza alazán sevillano
la senda, piafando en balde,
mientras su majo galano
atropella muy ufano
al pollino de un alcalde.

Detrás la yegua de un cura
que por nada se apresura,
inquieta la oreja inflama,
al ver la mula del ama
que adelantarla procura.

Lejos góndola formal,
anduluza á todas leyes,
veloz cruza el arenal,
burla haciendo al mayoral
del tardo carro de bueyes.

Doquier la leve tartana
con gentes alegre llega,
y en aligerar se afana
para estar en la mañana;
la mañana de la entrega.

Tras de la empinada loma,
larga cuadrilla se asoma
de campesinos, que ufanos,
y agarrados de las manos
vienen á correr la broma.

Cual tempestad que honda cruje,
cual mar que agitado ruge
y duras peñas rechaza,
así con violento empuje
van á las doce á la plaza.

La música militar
llena el viento de armonías;
delante vanse á parar,

que no pueden escuchar
sin ver las fisonomías.

Y despues entre apretones
se quedan firmes cual rocas,
riéndose á borbotones
de los tipos y renglones
que presentan las Carocas.

II.

Ya la fiesta está empezada
y de la noche enlutada
anhelan tiéndase el manto;
que entre todos, el encanto
es presenciar la velada.

Noche de puro sorbete,
personas finas y toscas
ponen la nieve en un brete;
solo la *Vega* promete
dar fin de *agua duz y roscas*.

Mas ya la plaza se llena,
hay un altar que enagena,
las luces están de ver;
¡y cuánta hermosa mujer
el corazón encadena!

Como á orillitas del mar,
un sexo y otro se afana
con su caña de pescar,
ellas, un pez agarrar,
ellos, pillar una rana.

Un grupo allá se codea
y se empuja y se recrea,
y el paso al concurso atasca,
para mirar á una fea
vestida cual la *Tarasca*.

Amantes apresurados
caminan por todos lados
con papeles de arropía,
y hay suegra como una arpia
que se los come liados.

Noche que están las mujeres
tan bulliciosas é inquietas,
que si agradarlas prefieres,
no les brindes más placeres
que *garbanzos y barretas*.

Hay de palurdos montones
que al verlos risa provoca,
y cifran sus ilusiones

en sufrir los apretones,
pero en no cerrar la boca.

En tan grande algarabía,
¿quién habrá que no recuerde
algún suceso del dia?
Ya una sobrina se pierde
sin permiso de su tia.

Allá un celoso marido
arma otro nuevo tropel,
y á su esposa ha sacudido,
porque un bizarro doncel
la habló cerca del oido.

Aquí luciendo un tesoro
de aromáticas enseñas,
cierto grupo nada moro,
estando ya en *Valdemoro*,
se van hacia *Valdepeñas*.

En bancos las que hacen raya
y en comodidad son listas,
con una lengua, ¡que vaya!
se convierten en modistas
cortando saya tras saya.

Mas la gente con empeño
se divierte presurosa,

y si alguna arruga el ceño,
otro se encuentra una cosa,
sin perdérsele á su dueño.

Corre así alegre la hora;
mas viendo llegar la aurora,
todos dejan la función,
que aunque la plaza enamora,
hay despues la procesión.

III.

Al ruido de las campanas
de las torres del confín,
se ven las bellas ufanas
ocupando las ventanas
de Bib-Rambla y Zacatín.

Todo lo más ensalzado
acompaña al Redentor;
síguele el clero pausado,
y detrás marcha el soldado,
de tanto bién guardador.

El pueblo ante Dios se humilla,
y lleno de fé ardorosa,
hincando fiel la rodilla,

al cordero sin mancilla
arroja rosa tras rosa.

. . . .

Mas luego la tarde llega,
deja sus pompas y oros,
y se alista á la refriega,
que no es pequeña la briega
de *la plaza de los toros*.

Allí con grata alegría
disputa, grita, se enfada,
y á la fiera desafía:
¡que viva la Andalucía
y su *Corpus* en Granada!

1875.

LOS TOROS DEL DIA DEL SEÑOR.

Pues has de saber, Mariquita de mi alma, que no estoy en nuestro cortijo de las Chozas, para donde te aseguré que me iba, y esta mentira calculo que es mi mayor pecado; sino que me dirigi á esta ciudad de Granada, á ver la famosa corrida que se anunciaba y de la que tantos elogios nos hizo dias antes aquel chalan gitano, que Dios confunda. Él se llevó el caballo por poco dinero bajo la promesa de regalarme *un palco,* donde como un señorón pudiese presenciar los lances y sobre todo la *competencia* de *Frascuelo* y *Lagartijo,* que, segun él, iban á darse hasta de pescozones en medio de la plaza. ¡Quién verá otra vez al mozo y á sus promesas!

Me escurri, como te digo, y torciendo la vereda de *Cañada-honda,* gané la carretera real, que así ganara para otra vez un ciento de azotes, si tal me ocurrre.

¡Qué calor y cuánta polvareda en las seis leguas mortales que me separaban del puerto de mis esperanzas! Llegué bañado de sudor á las once de la mañana, verificando mi entrada triunfal por la puerta de San Isidro, donde salieron á entonarme el hosanna, dos guardas, ó mejor decir, dos *pinchos* vivientes, con los que atarazaron las alforjas, llegando uno á picar en los hijares de la mula, que poco entendida en achaques de consumos, respingó, y á poco me despide por las orejas. Di las gracias al celoso guardián que ya trataba de calarme la faja, y libre de este peligro entré mi cuerpo en la posada de la *Fuente Nueva.* Até mi caballeria en su departamento, y traté del necesario aseo de mi persona, en un cuarto llamado así, sin duda por mal nombre. Si tuviéramos, esposa inolvidable, en este Agosto, tan abundante cosecha de espigas como de moscas se hallaban en la habitación, revueltas con pulgas de todos tamaños, sin duda que éramos felices.

Salí como pude del apuro; y ya limpio al parecer, fué mi cuidado más legítimo proveerme de la competente entrada para la función. Media hora de apreturas me costó acercarme á la rejilla del *garigolo* que, en el sitio llamado *el Campillo* sirve para expendeduria, que no le falta para pare-

cer confesonario, sino una sotana en el que asoma el rostro por la ventanilla. Logré mi objeto, obteniendo una delantera de tendido y una peseta falsa, que sin duda inadvertidamente me devolvió, de un duro de los antiguos. Durante la espera escuché á varios sujetos que afirmaban que para dentro de un rato ya no habría billetes; tal era el entusiasmo que despertaba la fiesta, y me lo hubiera creido de sopetón, á no escuchar más abajo otros que añadían ser falso lo primero y que eran *alabardas* de la empresa, que por entrar de balde se ocupaban en calentar á los recalcitrantes. Aquí y en el lugar veo que ocurre lo mismo, y no lo achaques á alusión á tu abuela, cuando me celebraba tus puntadas y disposiciones para el gobierno del hogar, que exactas salieron; sino que siempre es preciso haya quien medie y persuada, con el ejemplo y con la palabra.

Satisfecha esta para mí urgente necesidad, me dediqué á reforzar el estómago entrándome en la pastelería Suiza, y poniéndome en un estrecho rincón, por estar ocupados los restantes sitios con muchos hombres que comían y triunfaban alegremente, disputando sobre todo las eminentes cualidades de un banderillero llamado *Manene*, que yo creí al pronto si sería el alguacil de nuestro pueblo. Fuéronse, y yo, llevado de la cu-

riosidad, pregunté al camarero mientras le pagaba, si eran algunos títulos ó amos de cortijos, cuando me respondió sonriendo:—Señorito, si son *artistas* que han empeñado las capas y los pañuelos de las mujeres para asistir á la corrida. Me quedé como quien ve visiones, y al sonar las dos de la tarde me dije: A quien madruga Dios le ayuda; vamos á la plaza y cogeremos un sitio donde poder estar con algún desahogo. No quise ser menos que los *ricos,* y por dos reales de vellón me encasqueté en un ómnibus, que no se acababa de llenar nunca, según nos apretaban los recién llegados, y sobre todo *unas señoras* que se subieron á última hora, muy blanqueadas y huecas, con mantillas blancas y vestidos colorados como la sangre, que me dieron un par de pisotones que vi todas las estrellas del firmamento. Yo creí que aquello de los piés serian casualidades; pero como lo repitieron en el trayecto, mirándome y mordiéndose los labios, y luego al despedirse me ofrecieron su casa muy corteses, comprendí la casta de pájaras, y vaya, no temas, Mariquita, que me descarrile ni encalome. Llegué á la plaza, que todo tiene fin en el mundo, y como le faltaba un gran rato para principiarse, pude escoger una altura donde nadie me molestase por la espalda. Pero habia muchos de

mi modo de pensar, pues á seguida se fué llenando el copo, y ya sudábamos la gota gorda, como se suele decir. ¡Y qué gente, ó lo que sea, me tocó á mi lado! Un caballero que parecia un piporro de Andújar, según lo chorreoso, con un abanico tan grande que estuvo á punto de saltarme los ojos, y yo de que le diera una puñada de las que regalo cuando me marean. *Una reunión* de mocitos que transformaron el tendido en taberna; todos iban provistos de una bota de vino, y no he visto más besos y cariños al de la *costa* en toda mi vida. Así es que al rato ya se estaban desafiando, y sin empezar la fiesta fueron dos á la prevención. Delante tuve unas jóvenes con muchas flores que no olían, en la cabeza, pero flacas como alambres, y con unas lenguas que me daban intenciones de tirarlas al redondel. Decían que eran modistas, pero las tijeras las tenían entre los labios. Si entraba una señora en un palco, sacaban su vida á relucir, sobre si tenía con un diputado, ó si la niña hablaba á escondidas con un estudiante, ó hasta si la doncella se las gobernaba con el cochero. Si eran militares, les achacaban las pupileras, y las vecinas, y las de la tienda del vidriado; si caballeros, uno era largo de uñas, otro jugador, y algunos con enfermedad en la cabeza, de la que Dios y tú me

libren. De las mujeres afirmaban que era prestado en unas el pañuelo de Manila, y en otras que les faltaba camisa, á pesar de ir tan flamantes por defuera. Figúrate la jaqueca que iba tomando, y agrega las tocatas de la música, que todo eran armonías como la de la tambora que va delante de nuestras procesiones, y una polka que sería muy graciosa, porque la gente en coro le contestaba con *ja, ja,* pateando como energúmenos. Pues en esto entran una pareja de ingleses con unos sombreros de copa de tres pisos, y empieza el público, *esa gabina que se la quite,* y dale que le dá; pero como los extranjeros no comprendian la petición se sentaron tan formales mirando con unos anteojos de un solo cristal, y la plaza se hundía á gritos, y yo asustado, hasta que un alma piadosa les notificó la ocurrencia. Ellos saludaron, no sin decirse los unos á los otros, «*bárbaro populacho;*» que será «el Señor se lo pague,» de allá de su terreno. Al caballero gordo se le ocurre pedir naranjas, y por donde dá la fruta en el *curruco* de una mocetona con su cria, un mamon de tres semanas que no paraba de llorar hasta la consumación de los siglos, y como la hembra sintió la bala rasa en el colodrillo, empezó á echar por aquella boca más sentencias que hay en el pleito del deslinde de los espartales de nuestro

coto. La acompañante, que era la suegra, segun nos hizo conocer despues, agarró la fruta para tirársela al peticionario, y me pega á mí enmedio de la frente. Del dolor me estiro y largo un puntapié á *las secas*, que se ponen á maullar como los gatos, y un novio, que me he almorzado yo zorzales más robustos, saca nada menos que una pistola y me apunta, moviéndose el tiberio hache, pues los de las botas viendo el ademán se las tiraron al hongo. Y gracias que el acomodador era persona de inteligencia y sosegó la quimera restableciendo la tranquilidad universal. Pagué los vidrios, convidando á tirios y troyanos á bollos de aceite, baratos, á dos perros grandes por barba; pero la medicina por excelencia, fué la salida de la cuadrilla, precedida de dos ministros á caballo, que hicieron sus piruetas para recoger la llave del toril, que les arrojó el Sr. Presidente que calzaba *gabina,* única permitida y de rúbrica en el toreo.

Por fin, algo bueno descubria despues de tantas desazones, porque la plaza presentaba un aspecto maravilloso, llena de bote en bote, el sol y la sombra, y hasta los travesaños de los corredores. Hicieron sus reverencias las cuadrillas, principiaron los aplausos, y se colocaron cada uno en su sitio. ¡Bravos toros, y bizarros toreros! Lo

mismo despanzurraban un caballo que yo una salamanquesa. Pero de nada les servía su mérito con los intransigentes.—Andad, *bribones*, les decían á los picadores; pillos, camanduleros, y eso que alguno habia roto con las costillas los antípodas. Pero fué ella cuando Frascuelo tomó los avíos de matar y despachó su berrendo de un golpe. ¡Qué de cigarros, de sombreros y de abanicos! Hasta un Judas le tiró la camisa, y otro los zapatos, que más bién eran dos medios celemines. ¡Pues Lagartijo, no digo nada, con un volapié hasta las cruces! Creí que sus adeptos se comian à bocados á los contrarios. Roncos se ponian de tantos chillidos, y las hembras tomaban parte en el tiberio. De una me aseguraron (que yo no lo ví), que tiró hasta una liga al matador.

Pues cállate, que todo no eran tortas y pan pintado. Porque un banderillero que le decían creo que Gallo Chico (pues has de saber que en esta familia hay Gallos de todos tamaños, y *Lagartijas* y *Lagartijos* y *Frascuelos* y *Frascuelillos*, en fin más motes que el *tio Fulastre*, el de los rosarios), no atinó bien con el sitio y puso las banderillas hacia el rabo, que para mí todo es bicho; qué de insultos, qué de improperios, qué botellazos; y luego pagó la ira el presidente; pues le arrimaron una silba que ni con todos los pitos

de la feria. Vamos; yo estaba con el estómago embebido, que necesitaré una untura de la tia Javiera, la de los seis dedos.

Acabaron los toros, que todo concluye en este valle de tejas abajo; y á la verdad con deseos de abrazarte, porque la función me había quitado los alientos para divertirme más, me dirigí á madrugar en coger la puerta de la salida. Nunca lo hubiera hecho. Me dieron un empujón tremendo, y vine á dar contra los hocicos de un guardia de órden público que me recibió con el sable y despues de darme un par de memorias, me condujo á este arresto, donde me tienes triste y desconsolado á tu disposición. Dicen que me impondrán una multa; no siento esta, sino los palos, que los conservo grabados en el alma, con ánimo firme de pagarlos con réditos, por la injusticia, que el tio es la vera efigies de Longinos, el que pincha al Cristo que sacamos en procesión para que llueva, y lo que es más, el perdérseme el pañuelo que me bordaste de novio, y unos cuartos que llevaba en el bolsillo. En esta carcel me explican que el robarme fué la causa de los empellones; sea lo que sea, avisa á tu padre que venga pronto con los dineros, por si hay escribano en el busilis, y yo te aseguro que no trato de ver más toros que los mansos que andan sueltos en nuestra villa.

Á última hora han encerrado en un calabozo á un mozuelo que ha matado á otro á la salida de la plaza, en disputa sobre el mérito de los espadas. Me piden para la limpia y me amenazan con ponerme la escoba en la mano si no aflojo la bolsa; ya he pagado el aguardiente, la convidada y la bién-venida, y me figuro me pedirán por resollar, si no me sacais de manos de infieles y herejes, sin más delito que andar leguas, pasar calor y sofocaciones por presenciar una *corrida de toros*.

1885.

LA FERIA REAL.

I.

> Unos la encontraron mal;
> otros la hallaron muy bella,
> y la cosa es natural;
> «De la feria, cada cual
> habla según le va en ella.»

No data de muchos años el establecimiento de la feria en Granada. Pero se ha hecho costumbre tan popular y de tanta prerrogativa para el sexo femenino, que es de cajón otorgarla un puesto de preferencia entre las de su clase.

Teniendo cabida en el programa de las festividades, da comienzo á otro dia del Corpus, bién temprano, á las seis de la mañana, con acompañamiento forzoso de cohetes y banda de música más ó menos *silbable,* conforme la que contrata la asistencia. El ancho paseo del *Violón,* en el antiguo *de los Colegiales,* se puebla de gente que se va colocando en dos largas hileras de sillas, mientras en el arrecife lindando al rio forma la punta el ganado caballar y mular, sigue el de las

cuatro orejas, de los que el Señor nos guarde, y termina en los del gruñidor compañero de San Antón, siempre refocilándose en los charcos de frente á la ermita de San Sebastián. El de lana, como más pacífico, se coloca en sitio más excusado, frente á los *Basilios,* y ya tenemos que se comienza el tragín, y las idas y las venidas de los *castellanos nuevos,* primeros galanes de estas comedias, donde la verdad se marcha por los cerros de Úbeda, y el envido en las cantinas inmediatas de los labriegos y gente de trato, se junta con el examen de un potro que encanta, y con el de un jumento matalón, á quien su dueño atribuye más perfecciones que á una varita de virtudes. Y se rebaja y se ensalza; y se hacen más *apartes* que en comedias de gracioso, y todo concluye por *refrescarse* el paladar con alcohol de treinta grados, probando así el dicho de aquel célebre cocinero que sostenía que la pimienta era una horchata de chufas.

Por lo regular abunda la muestra de ganado que se exhibe, y más bién escasean los compradores, que hasta el tercero y último dia no verifican sus contrataciones, salvo las de bestias de poco precio, que dan más ruido en voces y litigios que una banda de tambores, á los empleados del Ayuntamiento.

Esta pequeñez de marchantes, enoja á todos los apurados, que creen mejorar su situación económica con las ventas de la *feria grande*, no faltando quien se exprese así:

Y hacen mal los forasteros
y los feriantes más curros
en venir aqui ligeros,
trayendo toros, carneros
caballos, potros y burros,
pues luego de enojo saltan
viendo su maldita obra,
y aunque de furia se exaltan,
conocen que aquí no faltan,
sino que los hay de sobra.

Y tanto que no es extraño,
ni debe causar recelo,
ni menos llamarse á engaño,
ver vestidos este año
á tantos burros de un pelo.

Y este asunto de interés
objeto de risa es,
como si fuera un teatro,
que anden tan solo en dos piés
los que andar deben en cuatro.

Pero dejemos los arrecifes colaterales, y examinemos el centro, que en esto de feria tiene también mucha importancia. Aunque dice el refrán que «las flores por la mañana y las mujeres por la tarde», las nuestras, por providencia divi-

na, tienen mucho que ver á todas las horas. Así es, que niñas y mamás madrugan y se adornan para estar al romper de la música, y ya sentadas ó dando paseos, lucen sus trajes nuevos y sus peinados flamencos, y los zapatos de moño que inciten el pensamiento á cosas y contornos de mayor y más detenida contemplación. Afirman los murmuradores que solteras y viudas buscan con ahinco un editor responsable, ó, por mejor decir, quien las saque de penas, llevándolas á escuchar la epístola de San Pablo; y así debe de ser cuando la dan de madrugadoras, y con los polvos de almidón en la cara, y los ricillos de la frente, provocan á que las piropeen y requiebren, y como naves pilotos remolcan á sus galanes, ó bién al puerto de unas sillas desocupadas, donde puedan empezar su declaración, ó al arsenal de las chocolaterías de *Nuñez* y del *Sordo,* que en la plaza del Humilladero convidan á disfrutar del suculento desayuno. Porque dan las nueve de la mañana, y ya los rayos del sol obligan á repasar el *Puente del Genil* y dejar el *Real de la feria* á los chalanes y á los ciegos guitarristas, que en venganza del poco producto de las limosnas, se desahogan cantando al grupo más numeroso de guapas hembras que el lazarillo les advierte que pasan, lo de

Veinte y cinco alfileres
dán por un cuarto;
veinte y cinco mozuelas
no valen tanto.

II.

Y vamos á la segunda parte, ó sea la feria por la noche. Doble pintoresco es el sitio, y mayor la animación que por el dia.

Desde que se baja por la *Carrera*, la iluminación brilla y los puestos principian desde la puerta del templo de la adorada Patrona, hasta el lado izquierdo del *Salón*. Los moros *más ó menos manchegos*, que venden dátiles; las tiendas á *real y medio* la pieza, que pregonan con descompuestas voces; las de objetos de cobre, las de óptica, y hasta rifas con cédulas todas premiadas, pero que no valen, ni con mucho, lo que cuestan, son las que atraen las miradas de una parte del público, mientras la mayoría se preocupa con lo que ocurre en el centro. Los millares de vasos de colores, formando arcos entrelazados á la arboleda; las grandes farolas de gas y los festones en los jardines á la inglesa, donde descuellan las fuentes de la orilla del Genil, cubriendo con sus saltadores las luces que las rodean; la de *la Bomba*, que se eleva en forma de gallardísima palma, rebasando los magníficos álamos negros que la

/

cercan; todo produce un conjunto fascinador y misterioso, que se cree uno trasportado á aquellos jardines que describe el fantástico autor de las *Mil y una noches.* Y á esto se añade la Rifa de Beneficencia, donde las *rosas granadinas* venden papeletas á sus muchos admiradores; la suntuosa *tienda del Círculo,* modelo de gusto y elegancia, y la del *baile de la aristocracia,* en la que las *houries* de esta perla oriental, tomando forma corpórea, se columpian entrelazadas á los galanes, al compás de los voluptuosos walses y polkas, y todo ello en una atmósfera tibia y saturada de brisas de flores y de aguas, y con un cielo estrellado, puro y diáfano, con hermosísimas mujeres, que ya en corros, ya moviéndose como solo saben hacerlo las de esta tierra, ensanchan de alegría el pecho y hacen latir con anhelos de increibles goces y de soñados amores los corazones mas excépticos ó indiferentes.

Tal es el cuadro que ofrece el Salón en nuestras noches de feria.

III.

Pero también lo sublime tiene su contraste ridículo. Delante de las casas que se levantan desde el puente de la Virgen al fielato, se forman

barracones de madera que presentan los rótulos más inverosímiles. Ya es el teatro de *Fantoches,* especie de los antiguos pasillos de *D. Cristobal* y *D.ª Rosita,* que se elogia hasta las nubes; ya es la mujer gigante, que dispara un cañón de á ocho con el brazo y levanta con los dientes una piedra de cincuenta arrobas como si fuera una guinda; ya una colección de figuras de cera, en que desde el emperador de Rusia hasta el matador de toros, aparecen vestidos como arlequines; ya un niño con dos cabezas y seis brazos, cual si tuviese que ser ministro de Hacienda, ó los perros y monos sabios, ó, en fin, los *títiri-mundi,* propio todo ello únicamente de las plazas de los pueblos de la carretera; de suerte que hay para todos los gustos, para todos los caprichos y para todas las fortunas. Los espectáculos se prolongan tres dias de tabla, y suele acontecer que duren hasta la octava, si va bién á público y expendedores; y eso hace que para el siguiente año la animación crezca, y las jóvenes desesperanzadas aguarden novios, en vista de que otras de su especie lograron *feriarse* un marido, en el diálogo ocasionado en los *potros,* vulgo sillones de hierro, con que el contratista de este servicio nos obsequia, por el dinero se comprende.

¡Feria de Granada! depurativo de las bolsas y

recreo de los ojos! Crece, crece en esplendor y donosura, y que en el ancho espacio donde te asientas, nunca falten estos cuadros populares y estas escenas que toscamente describo.

Porque al fin y postre...
los estudiantes harán
donde quiera de las suyas;
las niñas se rifarán
y las madres andarán
en un pié como las grullas.
Pues sabe el menos sutil,
que en este amoroso ataque
nunca bajarán de mil
las bodas á lo *civil*,
los matrimonios de *escape*.
Así es justo y natural
que ya elogio, ya querella
la rindan en general:
«De la feria, cada cual
habla según le va en ella.»

1880.

LOS ALTARES.

Alegra el alma, en verdad,
ver, durante la gran fiesta,
que cada iglesia se apresta
á nueva solemnidad.

Y el público granadino
flores arroja á millares,
y con hermosos *altares*,
celebra al Verbo divino.

Y en tan fervientes anhelos
están las niñas más bellas,
brilladoras como estrellas
en el azul de los cielos.

El vecindario se afana
en demostrar su hidalguía;
calle y casa en este dia,
con lo mejor engalana.

Y de la noche el temor
en bulla y gozo se altera
con la gente que se esmera
en honra del Redentor.

De ese continuo bullir
es tan solo el desenlace
mirar lo que un barrio hace,
y luego sobresalir.

Semejan con sus primores
que la luna los retrata,
el uno, taza de plata;
el otro, ramo de flores.

Que el parecido asegura
quien, en un *descanso*, note (1)
cuando entona el sacerdote
la Salve á la Vírgen pura.

Y se aumenta la ilusión
con colgaduras vistosas,
y con alfombras de rosas,
y gritos del corazón.

---

(1) Llámase *descanso*, á la mesa cubierta con damascos ó paños galoneados de oro, colocada delante de cada altar de los que adornan la estación, y en la que el sacerdote hace un pequeño alto.

Llega la mañana, y luego
repiques atronadores
y cohetes voladores
no dejan paz ni sosiego.

Es que en gracia y bendición,
al enfermo y al cuitado
le llevan el Pan sagrado,
en solemne procesión.

Y con luces esplendentes,
desde el viejo hasta el más chico,
marchan el pobre y el rico
unidos y reverentes.

....

Bién haya la fe que en pos
tamaños cultos mantiene;
bién haya el pueblo que tiene
su único consuelo en Dios.

1885.

LA VERBENA DE S. JUÁN.

La mañana de San Juán
cuaja la almendra y la nuez;
así cuajan los amores
cuando dos se quieren bién.

Canción popular.

I.

El fuerte calor del dia
templan las nocturnas auras;
Mayo se llevó las rosas
que hoy los claveles reemplazan.
Aún se conserva el bullicio
de las fiestas que pasaran;
que es digno final de aquellas
la primorosa velada.
Apenas el firmamento
con las tinieblas se ampara
y las estrellas brillando
dan luz indecisa y vaga,
el anchuroso *Salón*,

el paseo de Granada,
se puebla de espectadores
que cruzan, suben y bajan.
Serena noche convida
á disfrutar en su calma,
realidades ó ilusiones,
según el mortal las traza.
Y en los jardines que riega
Genil con chorros de plata,
las fuentes dan sus murmullos
y los grupos sus palabras.
Amores y devaneos,
celos tristes ó esperanzas
se pierden en la arboleda
ó el viento los lleva en alas.
Que todo el que allí concurre
alegre el rostro depara,
y si aventuras no busca,
bullicio y frescor le agradan.
Que la tristeza es sabido
con la soledad se hermana,
y el estrépito y las risas
son contraste de las lágrimas.

II.

Dan las nueve en el reloj
de nuestra Patrona amada,
y con marciales acordes
la música el viento rasga.
La iluminación se enciende
y el recinto se engalana,
nueva Venecia de luces,
edén que el sentido embarga.
La vista abarcar no puede
cuadro de hermosura tanta;
que hay reflejos y perfumes
propios de celeste estancia.
Y la ilusión doble crece
contemplando engalanadas
las mujeres que Dios cría
en esta oriental comarca.
Que ya houríes del Corán
ó ya vírgenes cristianas,
van pisando corazones,
que es la alfombra de sus plantas.

III.

Mas, ¿cómo el ruido acrecienta?
¿qué produce la algazara?
Canto popular se escucha,

suenan alegres guitarras.
En la *fuente de la Bomba,*
grupos se juntan y agrandan,
como listos centinelas
de las cristalinas aguas.
Las parejas amorosas
tampoco en el cerco faltan;
bién necesitan frescura,
que Venus los tiene en brasas.
Pero el cuadro más saliente
ni se preocupa ni cansa,
que atento pone el oido
y al borde la mano alarga.
Lo forman del sexo débil
muchas viejas y muchachas
que aunque el rostro es de mujer,
tienen la fealdad por gala.
¿Qué esperan? En el semblante
grande emoción se retrata,
como aquel que medicina
para sus males aguarda.
Dan *las doce,* el clamoreo
con ruido terrible estalla,
y, achuchándose, en la fuente
meten los brazos y caras.
Una se frota el carrillo,
otras el cuello se bañan,

y las más feas quisieran
ser patos de la honda taza.
No escasean los silbidos,
los aplausos y las palmas,
mientras chicuelos desnudos
brincan, se mojan y nadan.
También se encuentran beodos
por propia ó ajena causa,
que hacen papeles de Adán
mientras en la carcel paran.
Mas piérdense en el espacio
ya las doce campanadas,
y cesan las abluciones,
porque el hechizo se acaba.
Es popular tradición
que al vulgo nadie le arranca,
que recobra la hermosura
quien á las doce se lava.
Pues al bendito San Juán
este privilegio ensalza,
como Santo que el bautismo
colmó de infinitas gracias.
Las resultas da el espejo
á la siguiente mañana;
pero las feas remiten
á otro año sus esperanzas.
Que si convencidas fueran

que el daño no se repara,
la mayor parte tendrían
por domicilio una jaula.

....

Mas ya por los altos montes
se asoma riendo el alba,
y la multitud se esparce
en busca de sus moradas,
mientras los más perezosos
en los jardines se aguantan,
unos á dormir la *mona*,
y otros á cosas más gratas.

1882.

LAS PASADERAS.

I.

Hay *Santos de miedo*, según la frase vulgar, y eso acontece con el bendito San Pedro, aunque sea el amo de las llaves del cielo, y uno de los más populares apóstoles cuando andaba por estos mundos de Dios. Así es, que el hecho á que se refiere el cantar granadino que dice,

Dauro tiene prometido
el casarse con Genil,
y le ha de llevar en dote
plaza Nueva y Zacatín,

afirman viejas comadres que ha de tener efecto un 29 de Junio, aunque sin poder asegurar el año, pues á tanto no llega el espíritu profético de estas aves de mal agüero. Mas los incrédulos se burlan de semejantes murmuraciones, achacándolas á malquerencia con el Santo, por suponérsele enemigo nato de las solteronas, á las que tiene jurado no abrirlas ni la rendija más diminuta de la mansión apetecida que custodia. Ver-

dad es, que las famosas avenidas del rio de las arenas de oro, han sido, por lo regular, en su aniversario, y que es muy raro se pase su tarde sin que nubes más ó menos amenazadoras aparezcan por la sierra de Huétor, entoldando por intervalos el claro azul de la atmósfera del Estio. Mas semejantes temores, que de no verlos realizados se abriga consoladora esperanza, no impiden que la famosa verbena fuese una de tantas festividades populares llamadas, por desgracia, á desaparecer, y que, recreando el ánimo, ponian de relieve nuestros tipos y nuestras costumbres.

II.

No esperaban las gentes á que los ardorosos rayos del sol amenguasen su brillo, para inundar, en distintos sexos y edades, el agradable paseo de la *Carrera de Darro*, formando un interminable cordón desde la *plaza Nueva*, y esparciéndose, ya por las cuestas de la *Victoria* y del *Chapiz*, ya por la del *Rey Chico*, ó subiendo la entonces pintoresca y tortuosa del *Avellano*.

Cierto que no hay muchas hermosuras como la de Granada, sin que pueda atribuírseme este elogio á pasión como uno de sus hijos. Venid conmigo y admirareis el lindo cuadro que se presenta.

El *Dauro,* encajonado y deseando ensanchar su cauce, fertiliza desde *Jesús del Valle* los alegres cármenes que bordan sus orillas, y que son mansión de salud, nido de hadas y plantel de flores y verdura. Pasando por el *puente de las Chirimías,* lame las primeras casas de la Ciudad, y como que desea apresurar su curso bajo la famosa *torrentera* vecina de la iglesia, temiendo que el *Cubo de la Alcazaba* se desplome y entorpezca su corriente.

Á la entrada del *Paseo,* la vista se eleva contemplando los muros y balconaje del afiligranado *salón de Embajadores,* y más al lejos la *torre de los Picos,* y los restos de la cerca de los moriscos adarves, que recuerdan en las noches de luna las zambras voluptuosas de las esclavas del harém de los soberanos nazaritas.

Y á la izquierda las *chumberas de Montes-Claros* y los torreones de la enorme muralla donde se abria la puerta de Bib-Guedaix, y el árabe palacio que ocupaba la *Aduana de la Seda,* uno de los más florecientes ramos de la mercaderia musulmana, y el *Sacro-Monte,* elevándose majestuosamente á espaldas del *cerro del Sol,* guardando en preciado templo las veneradas cenizas de los Santos Mártires del Evangelio.

Y á la derecha el camino de aquella poética

fuente que Chateaubriand comparó á la de Vaucluse, y donde sus filtradas aguas refrescan los ardores de su penosa subida, precursora de la que conduce á las de la *Salud* y *Agrilla*, remedio eficaz de las doncellitas ojerosas á quienes el amor desvela, y que necesitan de un líquido ferruginoso que renueve su sangre y les devuelva el sueño y el apetito.

Y en el valle, á uno y otro lado, florestas de verdes avellanos, cuyas raices besan las corrientes y entre cuyos troncos suspiran las auras, que saturadas de vida llegan á ensanchar el pecho de los que las respiran, sin tener la peligrosa humedad de las de Genil, y con doble y más purísimo y reparador oxígeno.

Y atravesando el *puente de las Cornetas*, se entra en el paseo llamado *de los Tristes*, sin duda por la soledad que allí de continuo reina, ó porque en este sitio se despide á los que fueron, y que por la agreste vereda á que da nombre el último rey musulmán, «Boabdil el Zogoibi, ó Desventurado», son conducidos á la última mansión que á todos aguarda en el *Campo de la Escaramuza*.

Pues añadid al boceto que toscamente describo, un fondo de cielo purísimo, de un azul que únicamente se conoce en algunas regiones de An-

dalucía, y entonces comprendereis la verdad de mis palabras, y exclamareis con el insigne Zorrilla:

«Granada, ciudad bendita
reclinada sobre flores;
quien no ha visto tus primores
al nacer debió cegar.»

III.

Pero volvamos al asunto que nos ocupa. Son las cinco de la tarde y la concurrencia es numerosísima.

Una banda de música hace oir sus acordes en medio del arrecife, pero los mozos decidores y las lindas muchachas que de los barrios han venido luciendo su precioso talle, sus ojos hechiceros, y su gracia y su limpieza, realzada con los *trapitos de cristianar*, es decir, la enagua con faralaes, el mantón de Manila y el manojito de claveles en el cabello, esas no tienen otra frase que la de—Vamos al rio á recorrer las *pasaderas*.

Razón es seguir sus deseos, que siempre es gustoso ir en buena compañía, y ocupando la rampa del *carmen de la Fuente*, nos encontramos con las dichas, en pleno álveo, con arenas y piedras en un lado, y corrientes más ó menos cristalinas en el opuesto.

Entre la bajada de la *huerta de Zapata* y la linde de la antedicha posesión, los jóvenes solteros de aquellos contornos, se habían entretenido por la mañana en ensanchar el lecho del rio, para que no pudiera vadearse á saltos, y fuera preciso el atravesarlo por cima de unas tablas, que tenían por apoyo dos gruesos peñones en los extremos.

Y me direis, amados lectores, aquellos que desconocen el motivo, que cuál encanto conducía á aquella peligrosa *puente de Mantible,* que en verdad ni los honores de senda podía obtener.

Pues bien; yo les responderé prontamente, que el misterio consistía en estar el referido tablado lleno de peguntoso jabón, con gran paciencia y nó muy católicas intenciones introducido, haciendo el andar por él, tan resbalizo y peligroso que era necesaria la habilidad de un equilibrista para recorrerlo.

Y consistía la gala de las mozuelas, unas á sabiendas y otras ignorantes, el atravesarlo, para beber y descansar en un manantial á que dá nombre la *Teja,* por donde un hilo plateado iba á llenar el rústico recipiente.

¡Qué de bulla y de jolgorio, cuando alguna forastera, moza de servicio, más audaz que sus compañeras, intentaba la aventura, dando por

postre un episodio de *enseñanza libre* de robustos cimientos, y de ligas más ó menos verdes ó coloradas.

¡Qué de aplausos cuando unos pulidos novios, llevando las manos entrelazadas por balancín, salían sanos y salvos, mientras la madre desde la orilla, sin atreverse á seguirlos, los llamaba á grandes gritos, que con el murmullo general no oia la mozuela!

¡Pues y cuando un discípulo de Baco, que llegaba de alguna sombra del *barranco de las Tinajas*, quería lucir sus andares, y á lo mejor se daba un baño, sirviéndole el refrescón de excelente medicina!

¡Y la algazara de los chicuelos y gente menuda, que saltando como ranas apostrofaban á las tímidas, y eran el coro de los mozalbetes que con pañuelos llenos de garbanzos tostados obsequiaban á sus parejas, ó requebraban á las prójimas que en bandadas como las golondrinas, saltaban de piedra en piedra, enseñando unas cosas cuyo diseño es para quedarse en el tintero!

En estas y las otras, el sol corría á ocultarse detrás de los montes que rodean la ciudad, y los grupos diseminados en el cauce del rio, y que habian estado de *merienda,* acudían también á el concurso, y mal que bien salían como á nado de

aquellos parajes, aprovechando la conveniencia de que con tantos resbalones y pases, el unto ya se habia quedado en las suelas de los zapatitos de tabinete de las muchachas, y en los claveteados botines de los labradores del *camino*.

No creais que esta diversión popular, era solo para la gente de bronce. También las señoritas se atrevían á tomar parte en ella, y muchos caballeros de sombrero de copa, á riesgo de pediluvios, obtenian el apetecido sí, que se sancionaba despues en amante diálogo en la reja de su adorada.

No faltaban sus quimeras, sobre si algun celoso marido notó que un prójimo se bajaba demasiado á examinar las extremidades de su cónyuge, ó si un amante mal correspondido veia que su adorado tormento apretaba la mano más de lo regular al hombre que le servia de *cirineo* en el mal paso, pero más eran los gritos que los coscorrones, y se cumplía perfectamente el adagio, de que *no llegaba nunca la sangre al rio*. Algunas reyertas eran objeto de chacota y de burla, ya porque un activo municipal ó un justiciero alcalde de barrio, al perseguir á los criminales, daban su correspondiente chapuzon al intentar de carrera la peligrosa travesía.

Esto formaba el sainete de las *pasaderas* en la

verbena de San Pedro, olvidada hasta otro año, mientras las tinieblas se extendian por el horizonte, y el tropel de paseantes se apresuraba á ganar sus viviendas, unos satisfechos y otros renegando de su excursión á las *Angosturas*, denominación técnica del sitio que describimos.

También se encontraban rezagados, como siempre los hay en esta clase de fiestas, durmiendo la mayoría la *peana* en aquellas orillas, expuestos á que una avenida de las que *no avisan*, que es otra de las condiciones especiales del apacible Dauro, los llevase mal de su grado á despertar á Sevilla, envueltos entre las turbias oleadas de la tormenta. Y así mismo á otros á quienes el *peleón* les daba por guerreros, aguardaban la noche para *moverla*, como le aconteció á un terne de mi conocimiento, que ya dadas las Ánimas quiso pespuntar el guitarro á un grupo que sentado en escondido poyo, se ocupaba en rezar y no oraciones, y entonando aquello de

«San Pedro como era calvo,
le picaban los mosquitos,»

obtuvo por la irreverencia un formidable estacazo, que lo llevó á San Juan de Dios á continuar el interrumpido solfeo.

Y de esta y como esta, no faltaban escenas para apéndice, siendo el pasto sabroso del siguiente

dia, en corrillos y tabernas, y la ocupación no deseada de escribanos y alguaciles.

Pero los tiempos mudan, y las costumbres populares, tan arraigadas desde hace siglos, se van perdiendo en esta atmósfera excéptica é indiferente que nos rodea, y las antiguas fiestas donde el patriotismo y la religiosidad se demostraban, hoy cuando menos sirven de casos de burla, eclipsándose aquellas hermosas luces del alma, ante los rojizos resplandores del petróleo y los embates crecientes de la revolución universal.

¡Ay! que por lo que hace á nuestra patria, el Señor permita que se mejore algún tanto aquel *non possumus* que, como dicho á San Pedro, servirá de final á este artículo.

Cuéntase que el Apóstol, deseoso de llenar á España de celestiales dones, pidió y obtuvo de su Divino Maestro para aquella, un horizonte purísimo, una vegetación lozana, un clima saludable y una belleza especial para los en esta tierra nacidos. Pero al querer, como conjunto de tantas finezas, un *buén gobierno* para la nación, le respondió el que todo lo puede:

—Eso es imposible; entonces sería el segundo paraiso.

Y así ocurre, es un paraiso, pero con serpientes.

1881.

LA FERIA DE GRACIA.

No te olvido, no te olvido,
callejón de los *Nogales;*
que tengo allí mi querer
tan firme como tus árboles.

Allá, en el primer tercio de este siglo, cuando las comunidades religiosas se hallaban en todo su esplendor, y los Trinitarios descalzos habitaban su magnífico convento establecido en las moriscas huertas del *Jaragüit,* la función á Nuestra Señora de Gracia era lo más suntuosa que puede imaginarse. Hoy el edificio se halla convertido en almacén de provisiones, la iglesia en pajar, y las blusas de los obreros militares han sustituido á los hábitos de los religiosos.

Así es, que la fiesta popular que se celebraba en la anchurosa *placeta,* ha perdido mucho de su importancia. Sin embargo, el sitio que ocupa y los encantos del mes de Setiembre, tregua

entre los calores del Estío y las tristezas del Otoño, la proximidad de los renombrados *callejones* que conducen á las bellísimas fincas del pago, hacen que se distinga esta feria y tenga aún un colorido local distinto de las restantes que se verifican en las calles y plazas de Granada.

Es un espectáculo agradable cuando la serena noche esparce sus tinieblas por aquellos ámbitos, ver el gentío que se agolpa en el callejón que forman los vendedores, cuyos puestos, iluminados con la proverbial candileja de aceite, parecen otros tantos gusanos de luz, posados ya en el montón de nueces del Castillo, ya en las encarnadas acerolas, ó en las tradicionales tablas de bollos y de azucaradas y sabrosas tortas.

Y encanta el ánimo contemplar la robustez y donosura de las mujeres de las huertas, codeándose con las señoritas de estrecha falda y de enmarañada cabellera, y alegra el oir las exclamaciones de los labriegos en traje de fiesta, y los gestos de admiración de los currilantes vestidos con poca ropa, y que comprenden que no se ha hecho la miel para la boca del asno. Y á esto se unen los gritos de los que pregonan, y las travesuras de los muchachos, que con sus canutos de almecinas son los honderos mallorquines contra los malaventurados sombreros de copa, y los

achuchones impensados de los unos, y los adrede de los más, y de vez en cuando las palabras de una moza que zapea á un enteco, y el estallido de alguna que otra bofetada entre dos ternes, y todo ello forma un conjunto inarmónico, sobrenatural, pero sumamente característico de este rincón de Andalucía, que para que no se pierda lo bueno, aún conserva y sostiene en este popular regocijo el oportuno nombre de la *Feria de Gracia*.

1880.

LA SUBIDA AL CERRO.

I.

¿Qué ruido se escucha en todas las noches del 28 de Setiembre de cada un año, en los solitarios contornos de la antigua *torre del Aceituno?* ¿Qué luces trémulas vagan en rededor, ya juntas, ya separadas, pero siempre indecisas é incoloras?

¿Son las señales de los belicosos Zenetes, que avisan á la Alhambra una junta de guerra en la puerta de Bib-Guedaix, para talar por Levante las fronteras castellanas?

Ah, no; es más prosáico y humilde el motivo. Son los vendedores de juguetes y frutas, que se reparten los puestos de la famosa feria, desde la puerta de la ermita hasta el paredón que llaman *El Blanco,* sin duda por epigrama, y que tienen que amanecer en el cerro del divino Arcángel, con sus mercancías preparadas; y por ello se obligan á permanecer en vela en tan pintoresca alturas.

Que San Miguel, el vencedor del demonio rebelde, que sujeta á sus piés con aceradas cadenas, es uno de nuestros tutelares, y visitarlo en el dia de su advocación forma la obligación más agradable de los moradores de la poética ciudad, y la romería más popular y concurrida de las que aquí se suceden con especiales caracteres. Pues

Dos cosas tiene Granada
que le envidia el universo:
la Virgen en la Carrera,
y San Miguel en el Cerro.

Cantar que por más señas no tiene contradicción entre nosotros.

Pero olvidemos la bulla que se nota en la mayoria de las casas y calles, y coloquemos nuestro observatorio, á las seis de la mañana del dia del Santo, en la reducida plazoleta que da entrada á la áspera subida, bajo una atmósfera pura y un cielo azulado y transparente.

Pocos sitios han agolpado á mi imaginación tantas imágenes extrañas. El frondoso álamo que brota en medio; la tortuosa calle de San Gregorio el Alto, y la empinada de San Luis, que allí desembocan, el aljibe adosado al grupo de habitaciones por el frente, que tienen como fondo verdes olivares, la silueta de la torre de la iglesia, que se destaca á la derecha, y sobre todo, el arco de

Fajalauza, al lado opuesto, que á pesar de la pintura del borroso lienzo que le desfigura y embadurna, aún parece dar paso á los ginetes moros, que hace siglos recorrian la murada *cerca del Obispo Don Gonzalo,* todo ello contribuye á prestarle un tinte de poesia de que los años no pueden despojarle.

Solo la escena cambia en la fecha referida. La sagrada imágen de Jesucristo colocada contra las tapias del cármen de San Rafael, en un improvisado altar, cuajado de candeleros y adornos, con una gran bandeja á la que señala el mayordomo que desde los bancos que lo custodian, exclama con voz que revela tempranas libaciones, «limosna para Jesus Nazareno;» denota que el culto de Mahoma huyó para siempre de la rival de Damasco; y el alegre clamor de las campanas de la ermita, indica que no es el *Muezin* quien llama á los fieles á la plegaria, sino que las lenguas de metal, rasgando los vientos, cantan el triunfo de la cruz sobre la abatida media luna.

II.

Sentéme en unas sillas colocadas en círculo en el tronco del árbol, teniendo por compañía un dicharachero tejedor habitante de aquellos barrios, con una prójima, su comadre segun unos, y de parentesco algo más arrimado, segun otros, va-

rias mozuelas del camino de San Antonio, y un municipal vigotudo que tosía con envidia cada vez que el de las ánimas se encorvaba á besar un botijillo que así exhalaba perfumes de aguardiente, como olor á cláveles las macetas que adornaban la efigie.

—Veremos qué cuentas rinde el postulante, tio Colás, dijo el del sable á mi colega.

—Déjalo, hombre, que al fin y al cabo todo queda en casa, y ya sabes aquello de «sacristan que vende cera y no tiene colmenar.....»

—Escucha, y qué pañuelo con tantos colorines trae la Mónica, dijo, interrumpiendo el coloquio, la hembra. ¡Si parece un mapamundi!

—Para eso está en buenas relaciones con los señores del Zacatín.

La aludida pasó con mucho desparpajo por delante de los murmuradores. Era una guapa hembra, metida en carnes y de gran trapío.

—Contemplad á la sobrina que la acompaña, dijo una de las del corro á las otras mozuelas. Ya la pintan y no ha cumplido los trece.

—Por poquito se empieza; y vosotras, vamos, que también ha habido algo de la mano del gato en los carrillos, les dijo el tejedor sonriendo.

—¡Jesús qué mala sombra! le respondieron en coro y con disgusto las chiquillas.

Les tocó el turno presentarse á una mamá con cuatro hijas.

—Repara en D.ª Eustaquia, Mariquilla, exclamó otra de las del grupo. ¿No fuiste su niñera?

—Así hubiera tirado la cría por el tajo de Ronda. ¡Vaya una casa! dos comidas, y una de fideos y otra de sopas sin pringue.

—Qué mala eres, mujer, pues tú trajiste dos pañuelos de seda de primera clase.

—Fueron regalos del amo, saltó la hermanilla de la aludida, poniendo como una cereza á la sirviente.

—Ahora sí que pasa la canela, les interrumpió Nicolás. Vereis como D. Manuel muestra su rumbo ante la imágen.

Era un caballero rico, con bastantes canas en la cabeza, que acompañaba á una señora elegante y algo jamona, la que se codeaba con un teniente de caballería, que formaba el terceto.

Arrojó un duro sobre la bandeja petitoria, produciendo tal entusiasmo en el *hermanuco,* que le quiso brindar con la vinajera.

—No hay como ser ama de gobierno de un solterón, añadió una mozuela. Si á mí me sale un acomodo semejante mando á pasear á mi zapatero.

—Y querrás también ayudante de tropa como ese; ¿no es verdad? le preguntó el vejete.

—¡Malicioso! Este tio Nicolás tira las piedras, sin reparar que su tejado es de vidrio.

—Chito, ahi está el matrimonio más dichoso del mundo. Primero faltaría el sol que dejar ellos de asistir á la romería. Heredaron á un tio canónigo, y del jubileo á su casa, y cada año un vástago nuevo, expresó la comadre.

—Si, ya veo la gente menuda que llevan por delante, le contestó el hombre; ¿pero y qué papel hace en el grupo la pasiega qué ya ocho años no ejerce su oficio?

—Es que cria al señorito, contestó involuntariamente una de las jóvenes, sin saber el alcance de su dicho.

Una carcajada brotó de los labios de todos los que la escucharon.

Mas una fea que desembocaba á la vez con dos mozuelas como espárragos, creyó que la burla era á ella y se desató en improperios contra el corro.

—Vaya, señora, no se enfade tanto su merced, que aqui no venden las almecinas para que coloque esos canutos que la rodean, le espetó la madre de una de las sentadas.

—Gente ordinaria, decia la aludida poniendo un gesto de basilisco. No se puede venir á estos barrios. Si mi marido el profesor de primeras le-

tras, me acompañase, ya les daría una lección de urbanidad.

—¡Ay! que son de la partida del hambre, ya se les conoce en el perfil, fué la respuesta de Nicolás. Marcháronse renegando como un energúmeno.

Las murmuraciones iban en aumento al par que los transeuntes. Ya casi temía que el árbol se cayese y nos aplastase.

—¡Qué novios tan tiernos! decían á otra pareja las dicharacheras mozuelas.

—Si es la señorita Pilar, que le dá mal de corazón siete veces por semana, y sus padres quieren casarla pára que se alivie.

—Si es que no duerme de fea, y D. Enrique es un buen mozo.

—Vá á el olor de los dineros, que la dotan en veinte talegas.

—Pues así y todo no me arrimaba á esa cara de alcuza, exclamé tomando parte en el diálogo.

—¿Pues á usted cómo le gustan? me preguntó una morena que bailaba en las manos.

—Como tú, salero rebosando, le dije, ya trastornado.

—Pues si viene con buen fin, háblele á mi padre, que vivo en la calle de San Buenaventura.

—Esa tendría contigo, dije para mis adentros, sin acordarme ya de lo que dejaba en otra parroquia.

Distrajo este compromiso en ciernes la llegada de un tropel de gente, llevando en medio como prisionero un manso pollino cargado con dos enormes capachos.

—-Ya tenemos la merienda de la flor y nata de la Pescadería, murmuró gozoso el municipal.

—¡Y qué gargantillas de corales, y qué zarcillos de esmeraldas, y qué pañolones de flecos! exclamaban las mujeres.

—-Como que todo sale de los pesos entenguerengue, decía otra. Allá se las hayan, que por no oler á jureles, me contento con mi pobreza.

—¿Pero es envidia ó caridad, Dorotea?

—Lo que no te importa, entrometido tejedor, le respondían.

—Paz, señores, que es una gente muy completa, repetía el del uniforme. Yo me voy al cerro por si ocurre alguna desazón.

—Ese de lo que va á cuidar es de las dos botas de vino que como dos timbales adornan la carga. . Si oye el municipal al viejo, duerme en el arresto sin más aleluyas.

Yo también hice alto, despidiéndome de mi futura conquista, con la dádiva de una flor que lle-

vaba en el ojal y que fué colocada en los cabellos.

Al del altar, ya se le trababa la lengua con el alpiste, pero decia al concurso.

—Limosna pa... pá Je...sus Man...za...nero.

Subiendo la primera cuesta y no sin admirar la choza del guarda de consumos que es copia exacta de la de un salvaje de la Polinesia, están en ambos lados del camino los famosos puestos de higos chumbos, que parten unas chicas de rompe y rasga, y que soportan sin turbarse los equívocos que los mozuelos dan á su mercancía. Este fruto, que tiene la virtud de no hacer daño cuando se riega con agua ó con alcohol, es devorado por algunos con tal ahinco que se recuerda involuntariamente la historia de los ogros de los cuentos infantiles.

—Ya lleva medio ciento comido Jimenez, y aún no ha empezado, oí decir á un peloton de artistas.

Me apresuré á alejarme con susto por si reventaba, suponiendo que para postre tendrían que llamar en su auxilio á los operarios de la limpia de hijuelas.

Ya en la segunda cuesta ó la del paredón, el espectáculo es el de un hospital ambulante con los mendigos legítimos ó contrahechos que im-

ploran la caridad, mostrando deformidades en sus miembros y rostros, con todos los puntos y comas de la ortografia.

El tercer repecho, que es de padre y señor mio y empedrado para mayor dignidad, conduce por fin á la entrada del santuario, nuevo *mentidero* en los poyos que lo circundan, y alegría de los ojos que no se separan de los desiguales escalones que conducen al átrio de la ermita, y que con su elevación obligan á manifiesto constante en los perfiles del sexo femenino que los desciende.

Pequeño es el sitio, pero todas las galas de la poesía son nimias para describir el cuadro maravilloso que se presenta.

Que es sublime la belleza
del paisage encantador
que pintó naturaleza,
desde la alta fortaleza
del ángel batallador.

La atmósfera está impregnada
de perfume sin igual:
al frente, Sierra Nevada,
y al pié, la estancia encantada
del alcázar oriental.

El *Dauro* en su torno juega
y sus corrientes derrama,
y la magnífica vega

en ancho cuadro desplega
su risueño panorama.
El Albaicín hacia un lado
pintoresco se divisa
y aunque pobre y arruinado,
su paisage idealizado
su antigua grandeza avisa.
Mientras Granada á lo lejos
extendida se dilata
con dos rios por espejos,
mirándose á los reflejos
de sus corrientes de plata.
Es la estación bienhechora
en que declina el estío,
en que el sol los frutos dora
y preceden á la aurora
blandas lluvias de rocío.
Con oro viste el follage
el otoño, y no es en vano,
pues su expléndido ropaje
para que emprenda el viaje
quiso prestarle el verano.

II.

Bajemos del cielo, al... suelo.

En la puerta de la ermita, se empuja la gente para contemplar al divino Arcángel. Su escultura, obra del famoso Bernardo Mora, es bellisima. Vestido San Miguel con su túnica celeste, la espada flamígera en el derecho brazo, y pisando al vencido rebelde, cuyo horrible rostro contrasta con el de su vencedor, se hace tan simpático para el pueblo, halaga tanto á la imaginación su arrogancia y gallardía, lo hacen tan suyo los granadinos, que en sus peticiones y esperanzas, todos se elevan con unción religiosa á aquella soberana imágen, en quien confiamos nos libre de todos nuestros peligros y sinsabores.

Así es, que apenas queda espacio para removerse en el templo en las horas que dura la romería. Agrandado su camarín por iniciativa del inolvidable arzobispo D. Bienvenido Monzón, presenta nuevo aspecto, é inaugura la serie de mejoras que los fieles han de realizar en adelante.

Pocos habrá que al penetrar en sus umbralos, no recuerden al piadoso y modesto ermitaño Fray Pascual, cuya sepultura se contempla al costado izquierdo. En épocas de disturbios y ca-

lamidades para la Iglesia, él preservaba su retiro, y jamás faltó al Arcángel culto y decorosa ornamentación.

Cumplidos los deberes religiosos, se recorre la feria desde la estrecha garganta que limitan las paredes, hasta el anchurón en que empiezan los puestos de frutas y las cantinas. Aquello es la mar de pitos, carracas, y objetos de metal y de latón. Pero lo sobresaliente son las figuras de barro. Los chiquillos mortifican á sus padres para que les compren un San Miguel, mientras no faltan beatas que murmuran que se ponga en venta la efigie del Santo bendito. Aquellos quieren que la mercancía sean *señoritas,* porque valen á ochavo, y es que el género femenil ha dado en baja. Los mozalbetes mal criados hacen burla de la colección que en las mesillas se presenta, y preguntan con sorna á los vendedores, por qué habiendo tantos crucifijos y mártires, no existen igual número de vírgenes. Estos no les responden, y supongo que serán misterios de los fabricantes.

Ya en la explanada, para que la ley de los contrastes haga doblemente hermoso el sitio, la vista cambia de decoración, y el horizonte se limita al frente con el *Cerro-Gordo,* donde la gente menuda se apedrea en honor de tanta fiesta, á la

derecha con el valle del Darro encajonado en las alturas de la Silla del Moro y del Sacromonte, y á la izquierda con las cuestas que conducen á la alquería del Fargue y los Polvorines por donde vienen los carruajes; que también en estos vehículos se llega á la dichosa romería.

Los puestos ya se suceden sin interrupción, terminando en las tiendas de campaña formadas con cuatro lienzos que el aire amenaza arrojar sobre los que bajo ellos se cobijan.

Cantinas con gran renombre
para convites y fletes,
que venden, y no te asombre,
chocolate por mal nombre,
y manteca con molletes.

La bulla y los gritos en aquel paraje son inexplicables.

—*Malacatones* y *priscos*, como la almibar, pregona Juan Antonio con una boca como una espuerta.

—Acerolas como melones y azufaifas de cuello vuelto, añade otro.

—Granadas de Fuente-Peña, como la sangre, vocea aquel.

—A las del Castillo, mollares, á dos reales el ciento, grita el vendedor de las nueces.

—Y que bolli...tos... tan calien...tes, tartamu-

dea el *Corzo*, recargando la frase si pasan algunas mozuelas.

—Agraz de *parra vieja*, dicen los aguadores, que comprenden que el vino tiene en aquellas alturas más mérito que el agua.

Y á las nueve de la mañana la bulla y las apreturas son tan grandes, que solo los rayos del sol, que tanto queman en el *veranito de los membrillos*, son los que obligan á la mayor parte de los concurrentes á disolverse cuestas abajo llevando sendos pañuelos repletos de compras, los chicos molestando á todos con los *erizos* que para castigo se expenden este dia, y las hermosas mujeres que como capullos en flor se abrieron á la madrugada, tornan más rojas y seductoras con el ejercicio, y el alpiste, conquistando no solo los corazones, sino el acompañamiento de los enamorados, que como perros perdigueros marchan al oro, hasta averiguar las moradas de sus prendas, para dar principio despues á las rondas y galanteamientos.

En las cantinas, la escena es diferente. Despues que los *flamencos* han vaciado los bolsillos en convites y ruedas, y trasladado á sus estómagos más líquido del que pueden resistir, los espíritus bélicos se insubordinan, y los agentes del órden público son los encargados ese dia de la

conducción de varios pellejos, unos á su casa y otros al arresto municipal, como complemento de tamañas alegrías.

Las familias que hicieron intención de pasar en aquella localidad el día, y para ello conducen su oportuna prevención de viandas, se ocupan de buscar punto á propósito. Existe bién poca arboleda, y así se refugian contra las murallas ó en una sombra de cualquiera de los barranquillos.

Afirman que el agua de las *Cuevas del Rabel* y de la mina que vá á la Sacristía, aguza el apetito de una manera extraordinaria, y debe ser verídico, pues que se les vé devorar las provisiones como si nunca se hubieran visto en otra.

El presidente de una de las reuniones, que era un famoso maestro de obra prima, les cantaba:

El alcalde de Madrid
ha puesto por las esquinas
que no se coma jamón
porque tiene la trichina.

Y el ejemplo que daba era embaularse una magra de dos libras, que escondía en una hogaza de las cabales.

No escaseaban los bailes tampoco, pues el apéndice de las cestas era la consabida guitarra que servía de jaleadora de los placeres de los huelguistas.

Mucho me llamó la atención en uno de los *campos*, ver á Luquillas, el barbero de San Lázaro, que con una *pitima* tremenda daba el salto de la rana contra el suelo, voceando:

Cada vez que considero
que tengo el amor ingrato,
no sé como no me tiro
contra un colchon y me mato.

Y por señas que eran durísimos guijarros la fina lana de sus proezas.

En un grupo de militares y *señoras* mascullaba una coloradota, mirando muy tierna á un sargento:

Ayer me dijo mi madre
con mucho del retintin:
te vas á *Santa Casilda*
y despues al *Polvorín*.

Lo que producía frenético entusiasmo entre la turba, no faltando un ranchero que aseguraba que habia muchas *de ellas*, que eran más exactas para entrar de guardia, que el mismo teniente Camarones, que se desafió con el reloj de la Catedral, porque le hizo equivocarse en la hora cuatro segundos.

Y de aquí para allá, Baco en porfía con Cupido y triunfando siempre, amenguaban un poco los rayos del sol, y empezaban á causar efecto las

libaciones, pues al bajar á situarme en el boquete de la muralla, los de órden público no se daban punto ni reposo en servirles el postre á muchos de los comilones. Dos hembras de rompe y rasga se habían sacado los flequillos á causa de un brindis de un mozo terne; y unos mocitos de los de pantalones de embudo, antes de poder usar de las facas, se habían abrazado, devolviéndose el vino que les sobraba en su repertorio, poniéndose hechos una lástima.

El jefe de la seguridad decía á los agentes:

—Buscad basureros, de los de burro y serón, y que carguen con tanto escombro.

Era un mare-magnum. ¡Pero y lo que subía para el cerro! Como llegaban de vacío daba placer el contemplarlo!

La tarde de San Miguel es la que se destina á la exhibición de las criadas de servicio, de las doncellas de más ó menos labor, de las jóvenes á quienes los quehaceres domésticos no permiten empolvarse por la mañana, y del resto de la población poco madrugadora, que prefiere sudar á la contemplación de los encantos de la alborada.

¡Y qué chorro de caras, muchas de ellas de primer órden! ¡Qué vestidos tan chillones, qué enaguas tan crujientes de almidón, y qué rosetas en

las mejillas, dando lo que se llama el tinte de los siete saleros!

Y se recrudecen las murmuraciones, y el barullo y los chicoleos, y se renueva el ambiente con doble perfume de alegría, por decirlo así, hasta que la luz se entibia y principia el descenso. Que la fiesta no ha sido mala, lo prueba hasta la parla de los mendigos, que ya no saben lo que se hablan, y los guiños de nuestro amigo el *demandadero*, que haciendo prodigios de gravedad para sostenerse, señala á la bandeja, y si horas antes murmuraba, lo de—para Je...sus Man...zanero, ahora ya se limita á balbucear:—*Pa...pa...ra... ese.*

III.

¡Barrio para mí tan querido del Albaicin! ¡Cómo te resucitas en el dia del Santo! Desde la víspera se blanquean los edificios, se friega el cobre y se coloca en los patios de las pocas casas aún pudientes, y todo se engalana con el objeto de que *la gente de allá abajo,* vea que algo queda de su pasado explendor, y que siquiera una vez al año responde á la brillantéz de su historia.

Y aquellas morenas de tipo árabe, con sangre aún de los moros de Baeza, se sientan en las puertas de sus viviendas, y se exponen al concur-

so que sube y baja, como cuadros vivos de sal andaluza, y muestras de un pueblo donde la gracia no cabe en las habitaciones.

Y la noche cubre el firmamento de estrellas, y largas horas tarda en disolverse el interminable cordón de gente que desemboca en la Calderería y en el puente de Santa Ana.

Hasta otro año, si Dios y el bendito patrono lo permiten, y que su celestial poderío, siga dispensando á nuestra querida ciudad toda clase de bienes, para que pueda adorarlo en su pintoresca ermita, y solazarse lícitamente en su tradicional romería.

1885.

LOS CANTARES DE LA GOLILLA.

I.

Es costumbre entre los moradores de los barrios del Albaicín y de San Lázaro, y de muchos de la parroquia de San Ildefonso, reunirse en las calorosas tardes del verano, prefiriendo los dias festivos, para ir á los manantiales que brotan en las fincas llamadas de Talla-carne, la Golilla, las Peñuelas, y otras de accidentado terreno en que el agua es purísima, y el arbolado y los vientos refrescan agradablemente la atmósfera. Es una romería contínua, que viene á terminar con las primeras lluvias, ó con el mes de Octubre, despues de celebrada la *feria* de San Bruno; el titular de la maravillosa iglesia de la Cartuja de Granada.

Desde el callejón que dá paso á las huertas de la Albérzana y San Pascual, por los caminos y cuestas de San Antonio y San Diego, es innumerable el concurso que se dirige á las *minas* ó *nacimientos* y se esparce por los contornos, arre-

glando sus meriendas, y extendiéndose los más independientes hasta los bordes de la acequia de Aynadamar.

En uno de los recodos en que termina la vereda que conduce á poblado, existe uno de aquellos de purísima agua, pero abandonado, como por desgracia ocurre en esta comarca, y que por su frescura y limpieza convida á disfrutar de sus linfas. La brisa comenzaba á refrescar y los rayos de la luna daban de lleno en el paraje. A él me dirigía, cuando los sonidos de varias guitarras tocadas primorosamente me detuvieron, y á sus acordes, una voz afinada entonó el siguiente cantar:

Las estrellitas del cielo
las cuento y no están cabales;
faltan las dos de tus ojos,
que son las más principales.

Bravos y palmadas acogieron las frases.

¡Qué contraste! Yo había salido en busca de la soledad, tal vez agobiado de penosos recuerdos, y me encontraba con una gira campestre con tipos populares, y con una alegría y un bullicio que nunca pude figurarme. Eran bastantes las personas que allí se encontraban, más las hembras que los varones, más las jóvenes que las ancianas. Fuéme preciso tomar parte en su re-

creo, acudiendo á la invitación que de buena voluntad me hicieron, á mí, que de largos dias me consideran en aquellos barrios como de la familia.

¡Y qué mujeres! Las doncellas agarenas que siglos antes recorrieran aquellos sitios, para presenciar los navales juegos, ostentarían de seguro más joyas y más ricas vestiduras; pero quizá no igualaran en belleza á las muchachas que del Albaicín y de la calle Real, allí se congregaban.

Sí, porque la Teresa con sus ojos negros, su cabello brillante, y su garganta de ruiseñor; y Dolores con su cintura de anillo, sus pies de juguete y sus labios de grana, y María, más blanca, que las plumas del cisne, más leve que una mariposa, y todo aquel manojo de flores humanas qué parecian brotar de entre el ardiente suelo, daban quince y raya á las Celimas y Zorayas de la córte morisca, y perfume al ambiente, y vida y placer á los ojos que las miraban. Siguió la fiesta, dos mozos dispuestos requirieron las bailadoras, y el cadencicso fandango vino á sustituir el compás de la voluptuosa danza africana.

Y por lo que allí se descubria, no faltaban tampoco Zegríes y Abencerrages, ni bandos y discor-

dias, ni celos y ternuras, ni desdeñados y venturosos. Uno de los cantadores, que hacía el indiferente con una mozuela con más claveles por adorno que lunares en la cara, y no carecía de ellos, baja de estatura, pero picando como la pimienta, le enderezó esta copla:

Querer una, no es ninguna;
querer dos, es voluntad;
querer tres y engañar cuatro
es maña y habilidad.

A lo que la aludida contestó:

Reniegan del querer bién
los hombrecitos de ahora;
pero si adornan su frente,
entonces cantan victoria.

Estas palabras fueron acogidas con sonoras carcajadas por las del sexo femenino.

En otro grupo, los cantos se diferenciaban alguna cosa. Dolores entonó el siguiente:

Los requiebros de los hombres
hay que tomarlos á broma;
que lo mismo que te dicen,
se lo repiten á otras.

Un mocito terne que ostentaba sus ribetes de Tenorio, recalcando los conceptos, quiso sacar los colores, como se dice, á la hembra, y con voz clara, pronunció:

El demonio son los hombres,
de boca de las mujeres;
y luego están deseando
que el demonio se las lleve.

Lo cual aplaudieron ellos, convencidos por la experiencia de la verdad de la copla.

La algazara y el júbilo eran sin igual. Había para todos los gustos. Un adorador de Baco con voz aguardentosa cantaba:

Desde aquí voy al *Cerrillo*,
del Cerrillo á la *Campana*,
de la Campana á la *Mona*,
de la Mona á la *Galana*.

Nombres de cuatro puntos y no cardinales, donde el *peleón* sería más barato y estimulante.

Otra jóven tan linda como su nombre, cantó:

Rosa me puso mi madre
para ser más desgraciada;
que no hay rosa en el rosal
que no muera deshojada.

Su ex-novio le replicó:

Arbolito, te secaste
teniendo el agua en el pié,
en el tronco la firmeza,
y en la raiz el querer.

Y Teresa, la que me hacía pensar en algo que castigan los mandamientos, pidió turno y dijo:

Me solicitas cobarde,
me llamas y te retiras;
tiras la piedra y escondes
el brazo con que la tiras.

No yo, mas hubo quien se diera por aludido, pues al terminar le respondieron:

Cuando yo tengo una novia
lo primero que le aviso,
no me venga con visajes,
porque soy espantadizo.

Siguió el tiroteo. Ella repuso:

Yo tiro piedras por alto.
al que le peguen perdone;
que tengo mi cabecita
llena de cavilaciones.

Y fué la réplica del mancebo:

Las abejas tienen miel
y las víboras veneno;
las palabras son de azúcar,
y de rejalgar los hechos.

El asunto hubiese pasado á mayores, pues un tio de la muchacha se levantó de su asiento, así como con media encina por apoyo, si la voz del vinoso no entonará esta estrofa:

Si el vino no me pusiera
el cuerpo calamocano,
semejara mi garganta,
un embudo sevillano.

No fué menester de otra excitación para que terminase todo y se pidiese rueda y los vasos circularan rápidamente entre hombres y mujeres. Las bailadoras se remudaron, y María, batiendo sonoras castañuelas, cantó:

Yo soy más desgraciadita
que las piedras de la calle,
que todo el mundo las pisa,
y ellas no pisan á nadie.

No debió ser tal como lo pintaba la hermosa, porque un sujeto, más contrabandista que artesano, respondió cuando aquella acababa:

No me mires á la cara
con esos ojitos tristes;
que al punto se representa
el mal pago que me diste.

Aquello era un mare-magnum de diálogos y de requiebros. Un hombrecillo vivaracho, aprovechando un descanso, entonó, al parecer aquejado de negras memorias conyugales, lo que sigue:

Mi mujer es chica y fea
y con ella me conformo;
que dicen es lo mejor
tener de lo malo, poco.

Despues, no satisfecho, añadió:

Si alguien tiene que mandar
alguna carta al infierno,
que aproveche la ocasión;
mi suegra se está muriendo.

Y el Tenorio de chaqueta decía en el sitio opuesto:

Por esta calle me voy,
por la otra daré la vuelta;
la niña que me quisiere,
deje la ventana abierta.

Un amartelado mozalbete suspiraba al compás de la malagueña, mirando á una rubia que se hacia notar por los quiebros que daba al pago de los abrazos del baile:

Voy á dejar tu querer
por el hablar de las gentes;
pero te vengo á decir
que me ha de costar la muerte.

Ella no creería mucho en su firmeza, pues contestó con voz muy segura:

Me subo arriba á mi cuarto,
me pongo á considerar,
que hasta la luz que me alumbra,
me alumbra con falsedad.

El hombrezuelo ya designado quiso tomar cartas en este diálogo, pues tosiendo fuerte, cantó:

Tonto el hombre que se crea
que lo quiere una serrana;
mientras no afloje la bolsa
no lo mirará á la cara.

Sería posible que su compañero de asiento padeciera de la misma enfermedad, pues repuso:

Compañerita del alma,
me pongo á considerar,
que pocos amigos tiene,
el que no tiene que dar.

—Silencio, y á vaso por cabeza, ordenó el que con ambas botas en entrambas manos hacía de presidente de la *huélga*. Cesó el baile, las parejas se estrecharon como si el vino que se repartía tuviera liria, y los dichos agudos y los piropos de primera fuerza, sucedieron á las coplas. Había pasado la mitad de la noche, cuando uno que tenía la embriaguez melancólica, entonó sin acompañamiento:

Á las dos de la mañana
pase por tu sepultura,
y me respondió una voz:
la muerte todo lo cura.

Ante tan inesperada sentencia me enderecé de repente, y conmigo los más, y pareciendo ya hora y razón de tocar retirada, así se hizo, dirigiéndonos á entrar por el arco de la Ollería.

Ya en las calles del moruno barrio, al contemplar el piso nada limpio y desempedrado, pero las ruinosas paredes de las mezquinas viviendas tan

blanqueadas, á efecto de las medidas de la Junta de Sanidad, el más satírico de los acompañantes, sirvió de postre esta copla:

Al corregidor de Cádiz
le ha dado por la finura;
que le ha puesto campanillas,
al carro de la basura.

Tales acentos fueron signo de dispersión general, y he aquí, lector benévolo, cuanto conservo de mi breve excursión á la *Golilla de Cartuja.*

1854.

LOS BAILES DE LOS ABRAZOS.

I.

Figuraos una bellísima huerta enmedio de la hechicera vega de Granada, alumbrada por un sol brillante y casi primaveral, de esos que tan á menudo se disfrutan en el mes de Diciembre. Figuraos una limpia y extensa plazoleta, cubierta con un parral que sirve de entrada al caserío, barrida hasta lo sumo, cercada de sillas fuertes pero recien barnizadas, como requiere la solemnidad que se celebra, y un ancho sillón de baqueta claveteado, que ocupa la presidencia, esto es, la derecha de la portada. En él se divisa un bondadoso sacerdote, cura de la feligresia, y á su alrededor multitud de jóvenes bellas y saludables, encanto de aquellos sitios, rosas vivientes, que hacían no recordar las perfumadas del futuro Mayo.

Á ellas dirigían sus miradas infinitos jóvenes labradores y peones, que en pié en los ángulos esperaban con ánsia se principiara la función.

Ocupando la puerta un par de afamados tocadores de guitarra, templaban sus instrumentos,

dando el tono un violinista, ciego de nacimiento, á quien se remuneraba su trabajo, y á los que hacían coro aficionados á la flauta y el pandero.

Todos vestidos de dia de fiesta, alegres, chistosos, y desde el Sr. Alcalde de barrio, que se colocaba junto al Sr. Cura, desde las personas de más posición en el distrito rural, hasta las madres guardianas cuidadosas de aquel manojo de flores, en el que hacían el papel de espinas varios chiquillos traviesos, todos los rostros demostraban bondad, todas las palabras alegría. Ya reunidos, la sencilla orquesta preludiaba una marcha, y salian al medio de la placeta los actores llamados *jugueteros*, hoy desconocidos entre nosotros.

Enharinado el rostro y con disfraces chocantes, ejecutaban pasillos, decían relaciones tan picantes, con tanta gracia expuestas, que el rostro más severo tenia que desarrugarse, y las carcajadas con los aplausos se confundian sin cesar.

Esto era, como quien dice, la primera parte de la función. De prónto las guitarras hacian oir cuatro leves compases, pero con los que bastaba para que palpitasen muchos corazones, y de imán para que empezaran á reunirse los jóvenes de ambos sexos.

El fandango, ese baile propio de nuestra tierra, era tocado con el mayor primor y afinación por los músicos, y hétenos á las aldeanas con su pareja enfrente, luciendo su esbelto talle y sus diminutos piés, calzados con el descotado zapatito. Y hétenos también que empezaba la *rifa*, y el producto para las benditas Ánimas.

II.

Sabido es, porque hoy subsiste la costumbre, que al finalizar las parejas su tarea, dan las mujeres un ceremonioso abrazo al que ha bailado con ellas, haciendo lo mismo por vía de remuneración con los tocadores y cantadores.

Pues bien, en el acto de cesar la música para un rato de descanso, que era siempre al escucharse una palmada del presidente, tenía lugar la *rifa de los abrazos*.

Esta consistia en ofrecer un jóven una cantidad cualquiera, porque la bailadora no abrazara á su pareja y sí al interperlante, ó á otro de la reunión, como por ejemplo, á un pretendiente desairado, ó al novio que tuviera antes, para causar celos al actual.

Así se mostraba el rumbo y garbo de los mozuelos, y ocurrían escenas que nunca pasaban á ser desagradables, tanto por la docilidad y buena

fé de los antiguos campesinos, cuanto por el respeto á la Iglesia y á la Justicia.

También algunos aristócratas se mezclaban en esta diversión popular, y entonces la gran bandeja de plata, situada delante de los mayordomos de Ánimas, se llenaba de sendos doblones de oro y pesos duros, algunos de los cuales pertenecian á ricos propietarios de las fincas inmediatas, convidados por sus colonos, teniendo en cuenta su carácter dadivoso y bullidor.

En efecto, ¿quién no sacrificaba una suma por dar un abrazo á cualquiera de aquellas jóvenes tan limpias y frescas, que correspondian con un fuerte estrujón cuando la dádiva era cumplida, y los aplausos del monaguillo, centinela obligado de la mesa petitoria, avisaba que era dorado ó blanco el óbolo ofrecido?

¿Cuántas sensaciones desconocidas no experimentaba el novel amador ante aquel suavísimo contacto? Si el maligno Cupido disparaba todas sus flechas, no eran perdidas seguramente, pues para San Antonio, ó lo más tarde para San Miguel, podian escucharse en la misa mayor de la parroquia una retaila de amonestaciones que dieran espanto al más furibundo solterón.

También se aguzaba el ingenio de los amadores en las coplas que dirigían á sus pretendidas. Ya

era un elogio, ya una declaración, y á veces, á veces, una píldora no muy sabrosa de digerir, en especial para el sexo masculino.

Ya cantaba uno aquella popular de

Te quiero más que á mi vida,
te quiero más que á mi madre,
y si no fuera pecado,
más que á la Vírgen del Cármen,

echando unos ojos que hacían ponerse roja como una cereza á la muchacha, que á su vez respondía:

Si la mar fuera de tinta
y el cielo de papel blanco,
no se pudiera escribir
lo mucho que yo te amo.

Pero no todo eran tortas y pan pintado, pues algún díscolo de los que acuden á *aguar* las fiestas, solía endilgar la siguiente:

La niña que está bailando
parece una clavellina,
y el bailador que la baila
parece un Juan de las Viñas;

lo que valia al imprudente algún que otro pescozón del aludido ó sus compadres, y se tramaba riña, y el lance no pasaba á mayores, porque el tribunal sin apelación del Sr. Cura y del Alcalde lo condenaban á marcharse del sitio y á no tomar parte en más funciones en largo tiempo.

Al oscurecer, ó la madrugada, si el baile había sido de noche, y en la cocina de la huerta, porque las nubes hicieran de las suyas, se concluia el jaleo, y á presencia de los feligreses, se contaban los fondos recaudados con el producto de los abrazos, que ingresaba en la tesorería de la Hermandad de Ánimas, deducidos los gastos de un ligero refresco á los jugueteros y músicos. Todos se retiraban á seguida, quién henchido de esperanzas, quién con algunas cosquillas y ribetes de celos que habían de ventilarse en la *paca* inmediata, y quién con un poco más de vino del que cupiera en su estómago, cuyos vapores ayudaba á disipar el aire fresco de la encantadora vega granadina. Fiesta bendita, bendita sí, porque el corazon se extasía, cuando en vez de horribles relatos de cinismo y depravación, se pueden narrar cuadros tan halagüeños y encantadores, á los que viene de molde el dulce cantar de la enamorada:

Ojos que te vieron ir
por aquellos olivares,
¡cuándo te verán venir
para alivio de mis males!

1880.

A SAN NICOLÁS. (1)

Todos los Santos tienen su romería en una época señalada; pero el bendito San Nicolás de Bari goza de un privilegio particular, puesto que esta se repite con el mismo entusiasmo y concurrencia los dias seis de los doce meses del año.

Desde el más humilde morador de los pueblecillos de la Vega, hasta el encopetado señorón de la Ciudad, todos se apresuran en la fecha memorable á tributar sus homenajes al Santo, desde que la primera luz derrama sus albores, hasta

(1) El templo de San Nicolás se halla en la parte más alta de la Alcazaba, y cerca de la torre de Hizna Roman (castillo del Granado), donde se cree estuvo preso San Cecilio, patrono de Granada. Está edificado en la placeta del León (Bib Elecet) que la llamaban los moros, y sobre una antigua mezquita de la que ni aún quedan restos y comenzó su construcción pocos dias despues de la entrada de los Reyes Católicos en esta ciudad, bendiciéndola cuando se terminó, el piadoso arzobispo Fr. Hernando de Talavera. Su construcción es sencilla y la imágen del Santo muy hermosa.—V.

bién entrada la noche, en el verano especialmente.

Y aparte de la fé en los milagros verificados, la *romería* tiene un sabor tradicional y un encanto inexplicable.

Las tardes de primavera, y el medio dia en invierno, si el sol esparce sus rayos, prestan á la anchurosa plazoleta una atracción tal, que nadie al llegar á ella deja de olvidarse del cansancio producido por las elevadas cuestas que desde Granada conducen al santo templo.

Verdad es, que con asomarse á aquellas *vistillas*, rivales, si no superiores á las de San Cristóbal, el panorama que se descubre alegra los ojos y recrea los corazones.

Los poyos de agujereada piedra que rodean el cuadrilátero, se cuajan de personas que á la vez que descansan, examinan los restantes concurrentes, y refieren alguna que otra historia, bién ajena del sitio y motivo que allí les debe conducir. Á los puestos de barretas y bollos que forman la calle delante de la entrada de la iglesia, hay que añadir los de jóvenes aguadoras que con transparentes vasos, expenden el líquido del aljibe próximo, asegurando que además de su frescura, goza de cierta protección celestial.

Y dos son las devociones que los fieles practican, pues á la izquierda entrando, en una peque-

ña capilla, se venera otra efigie del ensalzado Arzobispo, á la que por su antigüedad atribuyen mayores milagros que á la colocada en el altar mayor (1). Y bastante prueba de ello dan las paredes de la habitación que están materialmente cuajadas de cabelleras, muletas y brazos, ojos y piernas de plata, sobrepuestos por no haber espacio suficiente para colocarlos.

Y á propósito de cabellos, me refirieron una tarde la anécdota siguiente. Una jóven moradora en la calle de Oidores, los poseía hermosísimos, tanto, que en las siete calles era el modelo y punto de comparación del vecindario. Su novio cayó soldado y marchó á la Habana, y ella aguardaba tranquilamente su vuelta. Una noche soñó que el mancebo se ahogaba en el mar y que se asió á su larga cabellera salvándose de la muerte. Atri-

---

(1) El año 1790, los escultores Juán de Salazar y don Juán Arrabal esculpierón la imágen del Santo que hoy se venera, produciendose con este motivo alguna excitación y disgusto entre los moradores del Albaicin que profesaban especial devoción al *Santo viejo ó de los milagros*, como hasta hoy se sigue llamando á la imágen colocada en una especie de capilla que hay á la izquierda, entrando, dé la puerta de la iglesia. Hiciéronse solemnes fiestas al depositar el *Santo nuevo*, que fué vestido por las monjas del Angel, en su iglesia.—V.

buyendo á milagro la ilusión de su fantasia, cortó la trenza y la llevó al Santo, dando pábulo á infinitas conversaciones en el barrio, que no aprobaban este sacrificio amoroso. No pasaron dos meses cuando hubo noticias del desembarco en Santander de unos licenciados, y todos se apresuraron á dar la enhorabuena á la niña, prometiéndose asistir á saborearse con los dulces de la boda. La cuestión tenia en efecto pelos, mas no eran los de la de mi tierra, sino que el galán se había asido á los encrespados de una mulata de Nuevitas, y contraido el santo nudo, trayéndosela á la Península. La desesperación de la abandonada fué grande, y ya que el amor la dejó pelona, quiso por la venganza cubrir su desnudez. Hubo palabras, buscó ocasiones, resultó arañamiento, y el arranque de unos rizos más bién lanudos que sedosos, que se trajo entre las uñas. Cuentan que se los colocó de tufos durante una semana, y que despues á vueltas del sacristán, y sin saber por qué manos, aparecieron colgados juntos á los suyos.

Fué tanta la chacota y el escándalo, que el matrimonio tomó el petate para Barcelona y la mozuela aguardó paciente que se poblara su mollera para dirigirse á la parroquia con un oficial del arte de la lana.

Si alguna cosa merece el nombre de jubileo continuo, es la entrada y salida de gentes de distintas edades y condiciones, que ya con velas de cera, ya con vasijas de aceite ó con ofrendas en metálico, van á demostrar el fervor religioso que las anima y á implorar la protección del Santo, que puede decirse comparte la popularidad con nuestra adorada Patrona la Virgen de las Angustias.

¡Cuántas veces al recorrer á horas avanzadas de la noche, aquellos para mí inolvidables parajes, al sentarme en un ángulo de la cruz que erguida se levanta en el centro, abstraido en mis ensueños y gozando de las puras auras que llegan de la vecina Alhambra y del tortuoso valle del Dauro, he sentido en la reja de hierro que siempre abierta pone de manifiesto la imágen protectora, las plegarias de una madre desolada que pide la vuelta de su hijo ausente, ó las de una esposa que interesa la salud del amparo y sostén de su familia. Y las lágrimas se han agolpado á mis párpados, porque nada hay más poético y conmovedor que esta fé verdadera del pueblo, que desde lo íntimo de su alma, reconoce lo inmenso del Ser Supremo y se cobija bajo su manto de protección y de misericordia!

Y otras también en el oscuro pórtico de la puer-

ta del costado, he sido testigo forzoso de las citas de las muchachas del Albaicín, y de las promesas de constancia eterna que quieren ratificar unidos ante la venerada imágen, sin conocer en su inocencia que están en una considerable altura, y que las palabras de amor se encarga el viento de esparcirlas por los espacios.

¡Bendito San Nicolás, que las alegres campanas de la elevada torre, resuenen por lo eterno de los siglos, y que las generaciones futuras suban con el mismo fervor que la presente, á ese inolvidable santuario, que si no es tesoro del arte, lo es siempre de religiosidad y de ternura!

1884.

EL DIA DE LA CONCEPCIÓN.

La Patrona de las Españas tiene especial monumento á su pureza en el anchuroso paseo del *Triunfo*. La bella y elevada columna de mármol que sirve de pedestal á la efigie de la Santísima Vírgen, se halla rodeada de una gran verja de hierro, en cuyo circuito están los *veinticinco faroles*, que menciona la copla, y la débil parra que brota de entre los intersticios de las piedras de la base recibe á su vez nacimiento milagroso del vulgo.

El dia ocho de Diciembre es aquel sitio visitado por numerosa concurrencia de devotos y paseantes, y sobre todo por la noche se aumenta el número de los que rezan con los que de ordinario lo verifican los sábados.

Ántiguamente era costumbre popular entre los padres de familia ir como en procesión con la esposa y la prole, á escoger la *matanza* entre las infinitas piaras de cerdos que colocaban en feria delante del Real Hospicio. En esa fecha se rom-

pia el precio, para las ventas, y principiaba la hecatombe de los cebados cuadrúpedos que ansiosos engullen el dorado maiz, sin imaginar la suerte que les espera. Allí las mamás disputaban con los marchantes, la rebaja del cuartillo de real en el arrelde, y era la mejor gala, volverse á la casa en la buena compañia de dos ó tres de aquellos gruñidores, á cuyo lento andar se acomodaban los nuevos dueños, verificando la entrada triunfal entre los gritos de los muchachos, que pedían la *botija* aún en vivo, y que aseguraban madrugar á ser testigos de la catástrofe.

Hoy ha variado bastante la escena; en el *cebadero* se ha construido la Plaza de Toros, hay un mercado especial para la venta de estos animales, y los frailes que habitaban en la *Merced, Capuchinos* y *San Jerónimo,* comarcanos ó vecinos de aquel sitio, llevan, en vez de hábitos talares, casaca ceñida, y por rosario certero fusil ó aguda lanza; por lo que el Triunfo casi es mirado como un desahogo de los cuarteles, y lleva la fisonomía militar con todas sus consecuencias, perdiéndose por lo tanto la tradición de la romería, y el tinte popular que antes le adornaba.

1879.

LA PASCUA.

I.

Esta noche es *Noche-buena,*
noche de comer batatas;
porque dicen que ha nacido
el Redentor de las almas.

Y he aquí de la manera que el cantar del pueblo mezcla lo sagrado con lo profano, y la noticia de la redención de la especie humana, con la de alimentarse con el manjar suculento de la estación. Porque castañas y batatas, y el turrón de Gijona, y el de Alicante, y el imitado con melaza por *los arropieros,* son el tema obligado de las comidas del mes de Diciembre y sobre todo en la víspera de la solemnidad del nacimiento. ¡Dichosa fiesta, y feliz el universo católico que la tributa! Porque, aparte de sus agradables tradiciones, de su sencillez y bienandanza, de la poesía que respiran sus narraciones de pastores y de magos del Oriente, de ser el esperado plazo de la niñez

para solazarse y saciar sus infantiles caprichos, la santa caridad cristiana es la que resplandece con todo su esplendor, y no hay *pobre*, ni enfermo, ni desventurado, que carezca de medios, para cenar la Noche-buena. Y es que el Hijo de Dios, que naciera en la humilde cuna de un establo, y despues diera su vida clavado en una cruz por salvar á los pecadores, infiltró de tal modo su santa doctrina, que á su recuerdo brotan las fuentes de las virtudes teologales, y se enjugan las lágrimas de los que sufren, y se pronuncia la sublime frase, de «todos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo.»

II.

En Granada tiene mucho que decirse del último mes del año. Como si llegara el fin del mundo, todos empiezan á encerrar provisiones de distintas clases, y los vendedores llenan los espacios con mercancías desacostumbradas en lo restante de la estación.

Pero cuando la bulla toma su mayor incremento, es en el dia de Santo Tomás, en que empiezan á cruzarse los regalos, y á darse las terribles embestidas de los *aguinaldos*.

Porque en esto de pedir no hay engaño y se ha

hecho costumbre tan general, que se piden á Dios las penas, y lo que es más desagradable, en verso, con tales aleluyas que hay lo suficiente para desmayarse con leerlas.

Las adornadas confiterías, que son el purgatorio de los golosos que las contemplan, los regimientos de graznadores pavos, víctimas propiciatorias de los festines de Navidad, los puestos de peros y exquisitas frutas, y resaltando las tiendas de juguetes de barro, vulgo *Nacimientos,* y de zambombas, y de rabeles, que son lo clásico, lo sin igual de este país, hacen de la *Carrera* un *pandemonium,* un *totum revolutum,* por el espacio de más de quince dias consecutivos. Allí es el paseo obligado por las noches, á examinar las figuras y los figurones, y las que van á esperar el aguinaldo, y los que concurren por si se pierde algo sin permiso de sus dueños. Esto es, si las nubes no regalan un aguacero, como es de costumbre en las Navidades, y entonces el jolgorio se trueca en tribulaciones, y andan poco menos que á nado vendedores y mercancías. También la calle de *Mesones* es centro y corte de recreo y de curiosidad. La gente se apiña en ambos sitios, y las posadas se inundan de forasteros que con repletos capachos, vienen á justificar el adagio que dice, «de bollo de monja y gallo de labrador, li-

branos, Señor.» Porque todo el que regala espera cobrar ciento por uno, y volverse á sus viviendas con provisiones para la temporada. Conozco un propietario que harto de embestidas, quitó el tirador de la campanilla de su casa, y no abria ni á cañonazos, y otro que, para saldar las cuentas de los *ingleses*, que tanto aprietan en esta época, se dió por muerto, y repartió esquelas participándolo.

Pero como semejantes achaques son comunes á otras ciudades, nos fijaremos en que lo popular en Granada es cenar en familia la Noche-buena y asistir despues á la misa del Gallo, como pretexto digestivo el no acostarse, pero más bien para continuar la huelga y las libaciones, que despues suelen tener desagradables consecuencias.

Entre los objetos de barro, los artistas, que bién merecen este nombre, presentan curiosidades y novedades cada año, tomando por tipo las que más han llamado la atención, adornados con sus parejas de contrabandistas y majas, y de gitanos que tanto admiran y compran los extranjeros.

Y las músicas por las calles, y en las moradas particulares el ruido de los panderos y chicharras, con las coplas de ordenanza, algunas de ellas picarescas é intencionadas, son el estribillo

de la festiva noche, cuyos fuegos no se apagan hasta que la luz aparece en el firmamento.

Llega el primer dia de Pascua, y si el sol se presenta claro y radiante, entonces las caserías y ventorrillos de todos los caminos afluyentes, se pueblan de familias que van á comer hasta reventar y á volverse atiforrados de vino, para hacer bueno aquello de «este pellejo no paga puerta,» que se cantan ellos mismos en los hocicos de los dependientes del resguardo. Por contraste las personas ricas dan suntuosos banquetes y el plato de preferencia es el pavo, que asan de distintas maneras, porque el miembro más crecido de la especie de *las gallináceas*, vive un poco más de tiempo que el cerdo, su compañero de corral, pero que sucumbe en fecha memorable, pudiendo decirse de estas aves lo que los patriotas españoles afirmaban de los franceses, en el año de ocho.—«Quinientos mil entraron, que cuenten los que salieron.»—Los paseos y teatros también se llenan, se lucen los trajes flamantes, se desean unos á otros felices Pascuas, de dientes adentro nada más, y hasta los *Inocentes*, en que procuran engañarse con billetes, y las damas intentar pequeños préstamos, sin conocer que aquella dulce cualidad ya se ha perdido en el mundo, y solo quedan para llevar el nombre, los *tagarotes* que enhari-

nado el rostro y vestidos de andrajos, van por los pueblos de la Vega pidiendo para las Ánimas del purgatorio, pero en realidad para aumentar los fondos del postor de las bebidas.

Pero llega el último dia del año, el bendito San Sivestre cierra á las doce de la noche las puertas de los que fueron, para que entren los que serán, y yo hago memoria, para dar fin y término á mi larguísima tarea, de este cantar, verdadero como ninguno.

La *Noche-buena* se viene,
la Noche-buena se va,
y nosotros nos iremos,
y no volveremos más.

1879.

FIN.

ÍNDICE

de lo contenido en este tomo.

Páginas.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Momentos de ocio, colección de poesías, un tomo.

Á orillas del Dauro, novelas, artículos, leyendas, dos tomos.

Por un cabello, novela, un tomo.

Auras del Genil, colección de poesías serias y humorísticas, dos tomos.

Traducciones, dos tomos.

Las Noches del Albaicín, leyendas, tradiciones y cuentos granadinos, dos tomos.

Fiestas populares de Granada, colección de artículos de costumbres, un tomo.

EN PUBLICACIÓN.

Los Dias del Albaicín, leyendas granadinas, verso y prosa, dos tomos.

OBRAS DRAMÁTICAS.

El Laberinto, comedia en tres actos.

La Estrella de la Esperanza, id. id.

La Pensionista, zarzuela en dos actos, música del maestro Luján.

Corte y Cortijo, comedia en un acto.

Antiguos y modernos, id. id.

Farinelli, zarzuela en tres actos, música de don Mariano Vazquez.

Tres damas para un galán, comedia en tres actos.

La Noche-buena, apropósito cómico en un acto.

El Alcalde Vinagre, zarzuela en dos actos, música de D. Antonio Segura.

El bufón de D. Juan II, drama en tres actos, en colaboración con D. Pedro Mendo de Figueroa.

Glorias de Granada, loa en colaboración con don Francisco Manzano Oliver.

El Liceo en escena, apropósito lírico, música de D. Francisco de Paula Valladar.

Los contrastes, juguete lírico en un acto.

TERMINADAS Y PARA SU PUBLICACIÓN.

Aurora, zarzuela en dos actos.

Los Inocentes, apropósito cómico en un acto.

